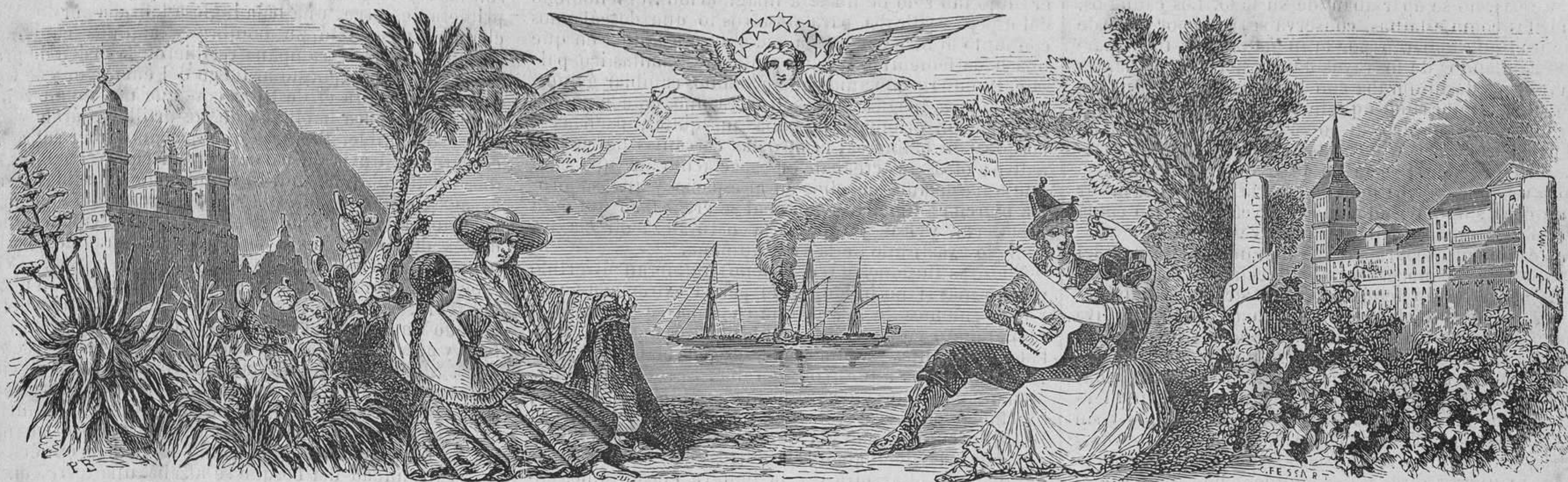


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 851.

Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO

Recuerdos históricos. — Los voluntarios de la expedición de Cuba; grabado. — Usos y costumbres orientales. — El nuevo teatro del Vaudeville; grabados. — Las carreras de Cannes; grabado. — Revista de París. — Poesía. — La catarata de Shoshone; grabado. — Establecimientos rusos del mar Negro; grabados. — Manuela. — La fiesta de la aldea en las cercanías de París; grabados. — El falso Profeta. — Obras de Claudio Bernard; grabado. — M. Autran; grabado. — El doctor Epstein; grabado.

Recuerdos históricos.

UNA ANTIGUA CAMPAÑA EN LA ARABIA CONTADA POR UN OFICIAL INGLÉS.

(Conclusion.)

Llegaron en fin los camellos del iman y los quinientos árabes beduinos que los conducían. Los vimos de lejos, al través de las oleadas de arena que levantaba,

en su increíble velocidad, su carrera ó mas bien su vuelo. Ya desaparecían cubiertos de esa nube, ya se les veía aparecer en el horizonte. Los beduinos golpeaban sus escudos con sus espadas, lanzando fuertes gritos de alegría, y blandían sus lanzas á medida que se acercaban. Todo nuestro campamento habia salido de sus trincheras, y nada fué mas pintoresco que el encuentro en el desierto de dos ejércitos tan desemejantes.

Figuraos aquellos camellos, aquellos caballos, aquellos asnos silvestres sin arneses, silla ni brida, atravesando el desierto con la celeridad del rayo; aquellos hombres medio desnudos acercándose á un campamen-



ESPAÑA. — Los voluntarios de la expedición de Cuba.

to europeo; formamos una idea de nuestro pasmo á su vista, de su sorpresa al ver nuestros uniformes: tanto para los unos como para los otros todo era nuevo, extraño, insólito en las filas de sus aliados. Se les señaló el puesto á nuestra derecha, y tomaron posesion de su campamento y se establecieron en él en el mayor desorden. Tendidos por el suelo y envueltos en sus capas, se durmieron á los rayos del sol, mientras que sus caballos, en pié ó echados, ofreciendo las actitudes mas pintorescas, no se apartaban de su lado. Los camellos, inmóviles como estatuas, conservaban aun por la tarde la actitud que tomaran por la mañana. Por todas partes el resplandor de los rayos del sol heria las brillantes armas y nos deslumbraba con la movilidad de sus reflejos: las sombras de aquellos cuerpos gigantes prolongadas hasta nosotros al ponerse el sol; el rumor de sus palabras breves y guturales; sus ademanes, escasos, pero enérgicos; su modo de vivir patriarcal, guerrero, salvaje, heróico; todo concurría á hacernos mirar esta escena singular, no como una realidad, sino como uno de esos sueños brillantes que crea la poesía.

Así es que nos separáramos á menudo del cuerpo del ejército para reconocer el campo vecino y cerciorarnos de la verdad de un fenómeno tan extraño. Admiráramos sobre todo la buena inteligencia y la primitiva igualdad que reinaban entre los bédos y los cuadrúpedos. Era aquello una verdadera hermandad. Reunidos al rededor del mismo odre, del mismo saco de dátiles, hombres y camellos comían juntos, bebían alternativamente en el mismo vaso en buena amistad y sin orgullo. Mas sociables y mas parlanchines que los otros árabes, los beduinos se amistarón luego con sus confederados: unos y otros nos avenimos, nos entendimos por signos, y aquellas figuras terribles nos sonrieron.

Eran ellos mucho menos curiosos que nosotros, y parecían que se divertían mucho con nuestra curiosidad é ignorancia de sus costumbres. Creo que se mezclaba cierto grado de desprecio á sus sentimientos respecto de nosotros, por no decir que dominaba en ellos. Nos miraban con compasion levantar con dos manos sus enormes espadas de dos filos; en cuanto á nuestros pequeños sables ó á nuestras espadas, que tomaban por agujas, no se dignaban siquiera tocarlas. A veces se veía á un beduino colocarse delante de uno de nuestras casacas encarnadas, tomar una actitud amenazadora, dar á su semblante una expresion feroz y como si se dispusiese á caer sobre él y devorarlo; y si el indígena de las orillas del Tamesis ó del Tweed manifestaba algun indicio de temor, el beduino, satisfecho, recobraba su fisonomía habitual, contento del efecto que acababa de producir. Es necesario confesar que formaba aquello un extraño contraste: aqui el elegante británico cubierto de púrpura, resplandeciente con sus galones y botones dorados; allá el guerrero salvaje del desierto, de tez bronceada, de proporciones gigantes, respirando audacia, virilidad y el ardor de los combates, de constitucion muscular y no maciza, ágil y robusta al mismo tiempo, el ojo chispeante, la cabellera negra y rizada sobre una fisonomía altanera y unas facciones marcadas, cubierta la cabeza de un majestuoso turbante, vestido de una túnica sin mangas, con el escudo al brazo, una espada y un puñal al cinto y un sable de dimensiones colosales en la mano. Este contraste no resaltaba á nuestro favor; y cuando el árabe, tal como acabo de describirle, montaba su corcel fogoso, la belleza heróica del conjunto, la gracia terrible que parecia animar á un tiempo al jinete y al caballo, ponían en completa nulidad el elegante y mezquino oropel de nuestro uniforme europeo.

Todo era artificial entre nosotros, mientras que su grandiosa sencillez lo debia todo á la naturaleza. Cuando esos héroes homéricos veían ponerse el sol tras las montañas, salían del campo, y despues de haberse formado en líneas casi regulares, bajaban al llano á desempeñar los piadosos ritos de su creencia. Echaban arena sobre sus cabezas en señal de humildad, y luego, cubriéndose el rostro con las manos, inclinaban lentamente el cuerpo hasta el suelo. Levantábanse en fin, y fijando en el cielo sus miradas, que respiraban un profundo sentimiento de devocion, murmuraban sus oraciones devotas. Tales eran las ceremonias sencillas y solemnes de los hijos del desierto.

Nosotros no nos cansáramos nunca de un espectáculo tan curioso, que nos ofrecía el embeleso brillante de los cuentos del Oriente y el atractivo de una incontestable realidad. Dióse por fin la orden de marchar sobre *Ben-Bouch-Ali*. Un pintor se hubiera aprovechado sin duda de la escena tumultuosa y singular de nuestra partida. Era aquello una variedad de desorden, una confusion de costumbres, una mezcla del Asia y de la Europa; los árabes cargaban sus camellos, los beduinos montaban á caballo, nuestros soldados recogían sus tiendas y corrían á la cantina; los batallones que se formaban, los ayudantes de campo que procuraban restablecer alguna regularidad en aquella gran masa heterogénea; do quiera, en una palabra, el caos mas pintoresco y el desorden de un cuerpo, que es tanto mas difícil formar cuanto mas opuestos son los elementos que lo componen.

Pronto cesaron nuestros placeres, reemplazándoles el suplicio intolerable de una marcha continua por entre mares de arena, donde se hundían nuestros piés, bajo los fuegos del trópico. La corta provision de agua que lleváramos, en vez de apagarla, irritaba la sed abrasadora, que llevaba el fuego en nuestras venas y el delirio en nuestros cerebros. De cuando en cuando haciamos alto y bebiamos un poco de agua mezclada con aguardiente para refrescarnos y recobrar las fuerzas.

Me acuerdo que un dia, despues de una marcha que nos habia fatigado en extremo, partió súbitamente de nuestras filas un grito de alborozo. Veiamos delante de nosotros la villa en que debiamos acampar. Me parece que estoy viendo todavia sus bosques de palmeras, sus fuentes cristalinas, sus cabañas, sus torres y hasta los camellos que salían de la poblacion y venían á nuestro encuentro cargados de odres de agua. ¡Qué felicidad! El delirio era general. Mas ¡ay! ese cuadro tan halagüeño era hijo tan solo de nuestra imaginacion: el fenómeno del espejo realizaba para nosotros lo que deseábamos con tanto ardor, y la arena ardiente era la tela en que una hada fementida y cruel pintaba ese fantástico paisaje. Pronto reconocimos que podiamos cambiar á nuestro antojo la mágica perspectiva. El uno, dotado de una imaginacion oriental, llamaba mezquitas, pagodas y bosques de palmeras; el otro las cercanías de su país nativo; otros se creaban el espectáculo de una caza que huía delante de ellos en el espacio y que su propia marcha animaba. Cada cual se creaba su quimera predilecta, y este juego de la naturaleza ofrecía un simbolo exactísimo de la vida humana.

Nuestras ilusiones de óptica nos hubieran divertido mucho mas si no hubiese sido por la extremada fatiga y los tormentos de la sed, que cada dia se hacían mas intolerables. Pasamos los Ghautes con la mayor dificultad. Los Ghautes son unos peñascos perpendiculares que se elevan á una altura considerable. El sol, que se desploma sobre ellos, los transforma en moles ardientes; muchos soldados cayeron muertos queriendo treparlos. Desde su cumbre elevada dominamos todo el desierto, cuyas arenas fluctuaban á nuestros ojos como las olas del mar. Al pisar otra vez la llanura encontramos algunos árboles, cuya sombra inesperada nos ofreció un abrigo y bajo cuyas ramas reposamos cosa de media hora.

Por lo regular haciamos alto á las cuatro de la tarde. Teniamos por guías algunos indígenas, que nos indicaban el camino mas corto y menos cansado, los cuales iban seguidos de algunos gastadores para allanarle. A pesar de estos socorros y de estos trabajos preliminares, se rompía á menudo la línea por la dificultad de traspasar las peñas aisladas que la naturaleza ha echado en medio de aquellos arenales, para variar agradablemente la uniformidad y someter á mas dura prueba la paciencia y las fuerzas del infeliz viajero.

Cuando llegáramos halláramos preparadas ya las tiendas y podiamos en fin disfrutar de algun reposo. ¡Pero desgraciados aquellos que entraban de guardia! La fatiga de la noche sucedía para ellos á la fatiga del dia, y el campamento tenia por centinelas unos hombres que apenas podían moverse ó tenerse en pié.

Desde la irrupcion de los Wechabitas en nuestro campamento, estábamos siempre alerta, y yo extraño que no renovasen un ataque que tan bien les habia salido. Les hubiera sido fácil venir cada noche á sorprender y derrotar nuestros piquetes, y huir antes que nuestros soldados, postrados como estaban con las fatigas de la marcha, se hubiesen reunido para vengar á sus compañeros de armas. Embocados en los desfiladeros que se oponían á nuestra marcha, hubieran podido hacer en nuestras filas una carnicería espantosa. Tal vez, alentados por su primera empresa, prefirieron arrostrar el choque de un combate regular y esperarnos para medirse con nosotros con armas iguales. Sea lo que se fuere, esta audacia les fué muy aciaga.

Estábamos muy lejos de prever que renunciásemos á la guerra de escaramuzas y guerrillas; así es que estábamos en continua alarma, y cuando los cipayos estaban de centinela, llenaban de terror nuestras filas, por la timidez que les es natural y que les hacia ver un enemigo en cada roca que tenían delante. Los oficiales del piquete, de los cuales era yo uno, sobrellevaban una doble responsabilidad muy penosa, sin hablar de los peligros reales de su posicion: podían dar fácilmente una falsa alarma, ó no viendo un enemigo oculto, caer bajo sus golpes y dejarle penetrar hasta el cuerpo del ejército. Este deber peligroso tenia sin embargo sus placeres. El oficial apostado sobre una eminencia, con el cigarro en la boca y envuelto en su larga capa, observaba con asombro el carácter particular del paisaje que le rodeaba. En todas las demás regiones del globo la naturaleza es variada, aunque mas horrorosa; pero aquí presenta una monotonía agigantada, una desnudez terrible, una tierra desolada hasta los límites del horizonte, un cielo cuya magnificencia solo cobija arena y rocas sobre todos los puntos del espacio. Figuraos en medio de esta soledad el sueño de un campamento, los soldados dormidos sobre sus armas, las hogueras que relumbran acá y acullá, el murmullo de las patrullas, el ruido de los mosquetes, y mas allá de las trincheras un silencio sepulcral, y os formareis una idea del género de impresion que debia resultar de estas observaciones nocturnas.

Hacia los últimos dias de nuestra expedicion atravesamos las ruinas de una poblacion que nuestros enemigos acababan de destruir y devastar, y llegamos delante de *Ben-Bouch-Ali*.

Hizo alto el ejército para reforzarse; enviáronse delante algunos destacamentos de cazadores, y marchamos en buen orden hacia el asilo de los Wechabitas. Debimos pasar sobre el campo de batalla donde yacían todavia los soldados del capitán Thomson. Allí vimos con horror estos cadáveres tendidos por tierra, desecados por el sol; algunos perfectamente conservados, otros cuyo esqueleto, desecado por los buitres, no ofrecía mas que huesos blancos. Cada compañía sintió los restos de sus antiguos compañeros de armas rodar y

crujir bajo sus pasos; terribles fueron las imprecaciones con que nuestro ejército hizo resonar los aires, y las maldiciones que descargó sobre los Wechabitas.

Ben-Bouch-Ali, con las altas torres que le protegen y el bosque de palmeras que lo circuye, llenó de asombro á nuestro ejército, que acababa de atravesar un espacio árido, privado de verdor é inhabitado, lo que era para nosotros un contraste magnífico. Los enemigos nos recibieron á cañonazos; la artillería del capitán Thomson les servía para hacernos fuego; y ¡oh dolor! á la primera descarga, una bala inglesa lanzada por los Wechabitas nos mató un hombre y algunos camellos. Nuestras piezas de campaña recibieron la orden de proteger el flanco expuesto al fuego del enemigo, y le volvieron con usura el destrozo con que nos amenazaba, pero que la poca habilidad de los artilleros árabes hacia poco temible. Mientras que hacíamos caer sobre la ciudad una lluvia de balas, los audaces Wechabitas se mostraban sobre los muros, blandiendo sus sables y sus espadas, gritando y desafiándonos al combate. Su cañon continuaba batiendo nuestra línea, y nos atrincheramos detrás de unos bancos de arena mientras llegaba la gruesa artillería.

Se creía generalmente que se haría el sitio de la plaza en regla, y nos preparáramos á abrir la trinchera, cuando una descubierta inesperada nos ahorró este trabajo y precipitó la destruccion de los guerreros Wechabitas. El general en jefe habia enviado algunos oficiales, de los cuales hacia yo parte, á reconocer las cercanías, y sobre todo un bosque de palmeras de mucha extension, donde podia haberse emboscado el enemigo. Lo recorrimos todo sin hallar el menor obstáculo. A la extremidad del bosque se alzaba una torre, en la que penetramos tambien, y mas allá de esta torre se extendía una llanura que terminaba en otro bosque. Uno de nosotros sube armado de su antejo al interior de la torre, y desde allí descubre, bajo el follaje de las palmeras que terminan la llanura, una multitud armada, dispuesta á combatir ó á perecer. Esa muchedumbre de hombres casi desnudos, agrupados y amonudados, por decirlo así, en el fondo de su último asilo, inalterables en su resolucion y con el acero en la mano, ofrecía un espectáculo heróico, cuya grandeza hubiera inmortalizado á la antigua Grecia, si hubiese tenido por teatro las orillas del Eurotas y del mar Egeo.

Si nuestros desgraciados enemigos hubiesen hecho una salida, en vez de dejarse sorprender en su retiro nos hubieran dado que hacer. Su ataque irregular se avenía muy bien con las localidades; nuestras líneas penetraban difícilmente en el bosque, donde los troncos de árboles caídos y las largas raíces enredadas se oponían á nuestro paso. Nuestros soldados, que se veían en la precision de marchar de uno en uno, no pudieron reunirse hasta el llano. Los Wechabitas no conocieron ó no quisieron aprovechar la ocasion favorable que se les presentaba, y nos dejaron formar en línea. Desde entonces fueron perdidos.

El batallon 65º y el séptimo de infantería indígena ocupaban el llano. Seguíamos inmediatamente el resto de nuestras fuerzas, formando la retaguardia. Entonces entró un batallon de nuestros tiradores en el segundo bosque donde estaban apostados los enemigos: se tiraron algunos disparos; los tiros de sus dardos anunciaron su llegada, y salieron en fin de su asilo. Era necesario ver aquellas figuras gigantes lanzarse sobre nosotros en el mayor desorden, los unos cantando sus himnos de guerra, otros ejecutando sus danzas marciales, y todos blandiendo sus armas: escena extraña, en que lo grotesco se unía á lo terrible. Reunidos en número de mas de mil, agrupados, pero en desorden, arrojaban piedras á nuestras filas y parecían estar indecisos acerca del punto por donde debían atacar. Les enviamos una granizada de balas para apresurar su determinacion: entonces esta gran mole confusa describió un semicírculo y se precipitó sobre el regimiento de los cipayos, en la extremidad de nuestra ala izquierda. Los cipayos quedaron derrotados y destruidos en algunos minutos. El árabe, armado de su puñal, que arrojaba á guisa de dardo, y del sable, del que se servía para rematar al enemigo ya herido, se rodeaba de cadáveres con una rapidez espantosa. Ya el 65º regimiento se veía atacado con la misma furia, cuando el coronel Warren, que lo mandaba, hizo describir un cuarto de círculo á las dos compañías del flanco, de manera que formasen tres costados de un cuadrado oblongo. De esta suerte nuestro fuego rodeaba por todas partes á los Wechabitas, los cuales retrocedieron, y queriendo envolvernos, se encontraron con la retaguardia, que les recibió á balazos; y sorprendidos por la superioridad de nuestro número y de la táctica europea, á la cual solo podían oponer un valor inútil, tomaron la fuga con una celeridad igual á la vehemencia de su ataque. El llano quedó cubierto de sus cadáveres, logrando salvarse tan solo un corto número.

Refugiáronse en la gran torre del palacio de su jeque, defendido por fortificaciones muy bien combinadas y que probaban que los que las construyeron poseían el instinto, ya que no la ciencia, de la defensa de las plazas. Los perseguimos: al llegar á tiro de cañon de su fortaleza, oímos una multitud de Wechabitas, que montados en sus camellos y caballos, huían atravesando la llanura; nuestras balas alcanzaron á algunos de estos fugitivos; los demás se escaparon. Era tal la terquedad de estos hombres, que continuaron resistiéndonos, aun despues de derrotados. Fué forzoso apuntar nuestras piezas delante de la torre del jeque y batirla en brecha.

Dirigimos los fuegos sobre la puerta principal, que se

negaban á abrirnos. Me acuerdo que habia una vieja sentada bajo el portal, la cual abandonaba su puesto á cada nueva descarga, y volvía en seguida á ocuparlo tranquilamente. Yo atribuía esta increíble audacia á locura ó desesperación; mas despues supe que esta desgraciada tenia todos sus hijos encerrados en la torre, entre otros dos heridos mortalmente. La pobre madre esperaba con ansia el momento en que nuestras baterías abriesen la puerta para poder precipitarse en la torre y juntarse con sus hijos. Enarbolaron por fin en la cima de la torre la bandera de rendición, la cual fué reemplazada por nuestra bandera nacional.

Al entrar en la torre se ofreció á nuestra vista el espectáculo mas asqueroso. Vimos mas de ciento cincuenta personas, hombres, mujeres, niños, amontonados en muy corto espacio, la mayor parte peligrosamente heridos ó moribundos; todo lo cual, unido á los últimos gemidos de la agonía, á los alaridos de las mujeres que curaban las heridas mortales de sus maridos restañando su sangre; las palabras de *Alá il Alá*, indicios de una piadosa resignación, que resonaban por todas partes, y los sordos gemidos que el dolor arrancaba á los hombres, formaban una escena horrorosa que no se borrará nunca de mi memoria. Dimos á estos desgraciados todos los auxilios que la humanidad reclama, y se echó mano de nuestro botiquin para conservar la vida á los que daban todavía alguna esperanza.

Era ya de noche, y nos embozamos en nuestras capas y nos pusimos á dormir en *masa* bajo las bóvedas sombrías de la fortaleza. La población ó ciudad, construida segun los mismos principios de desórden arquitectural que Zoar, era una copia exacta de esta aldea, bien que en mayor escala. Lo que mas me llamó la atención fueron los vastos graneros de repuesto, donde habia una inmensa cantidad de dátiles, de pesca salada y de café; propiedad comun de toda la república, que prueba la estrecha hermandad que unía á sus ciudadanos. No encontramos ningun objeto de valor, y algunos escudos, espadas y fusiles de mecha fueron los únicos trofeos que alcanzamos en esta campaña.

El dia siguiente visitamos el campo de batalla, donde contamos mas de quinientos cadáveres y algunos moribundos. La mayor parte eran hombres de mediana edad, bien proporcionados, y cuya sombría fisonomía parecia conservar su fiereza en medio de la muerte. Vimos con asombro algunas mujeres, muchachos y ancianos que habian tomado parte en los peligros y en la gloriosa muerte de los guerreros. Nos acercamos á los moribundos, que cerraban los párpados para no ver á los vencedores, y que lanzando sobre nosotros miradas furibundas, parecían maldecirnos y amenazarnos todavía con sus tristes é intrépidas miradas.

Se negaban á recibir de nuestras manos el agua que debia aliviar su agonía; pero la aceptaban de la mano de un árabe y murmuraban débilmente la palabra *Alá*. Para un hombre cuyo corazón no ha empedernido todavía el hábito de la guerra era aquello un terrible espectáculo; el desastre y el dolor que nuestras máquinas de muerte y nuestra ciencia europea acababan de llevar al fondo de aquellos desiertos, despertaban las sensaciones mas penosas. Algunos dias despues, el ardor del sol, hiriendo aquellos cadáveres, aumentó sus dimensiones, dilató sus carnes, y con las proporciones agigantadas que les dió, con las emanaciones pestilenciales que se derramaron por el aire, convirtió un objeto de horror en un objeto asqueroso. En fin, para completar esta escena acudieron los buitres á saciarse en su presa: muchas veces, cuando iba de ronda, oía con un horror inexplicable el ruido de sus picos y el movimiento de sus alas sobre los cadáveres que les servían de pasto.

M. DE F.

Usos y costumbres orientales.

I.

PLACERES DEL OPIO.

El mercado de Teriakí Tchachissy, cerca de la mezquita de Solymania, es el paraje adonde los aficionados al opio van á satisfacer su gusto por este delicioso veneno. Los cafés donde suelen reunirse los *teriakis* ó aficionados, están distribuidos en una gran plaza; estos aguardan en un banco interior los sueños que presentan á su imaginación acalorada las huris celestes y los deleites con que deben embriagarlos en el paraíso de Mahoma.

Habia oído muchos pareceres contradictorios acerca de las sensaciones que produce esta droga, y para saber á qué atenerme, me senté en un café con media docena de *teriakis*. Causaban espanto sus gestos: los que estaban bajo la influencia del opio daban gritos ó hablaban desconcertadamente, su rostro estaba encendido, sus ojos tenían un brillo extraordinario, y en el conjunto de su persona se echaba de ver algo de salvaje y terrible.

El opio produce comunmente su efecto al cabo de dos horas, y dura de cuatro á cinco; las dosis varían desde tres granos hasta una dragma. Ví á un viejo que tomó cuatro píldoras de seis granos cada una en el espacio de dos horas, y me dijeron que hacia veinte y

cinco años que tomaba opio; pero este es un caso raro, pues los *teriakis* no pasan regularmente de los treinta, cuando han empezado á tomarlo de niños. La debilidad moral y física que resulta del uso de esta droga es espantosa: piérdese el apetito, los nervios se contraen y todas las fibras se conmueven. He visto *teriakis* que tenían los dedos encogidos y el pescuezo de medio lado; pero les es imposible renunciar á esta aciaga costumbre una vez habituados. Son desdichados y están lánguidos hasta el momento en que llega la hora de tomar la dosis diaria; pero no bien empiezan á sentir la influencia del opio, todas sus facultades aletargadas se despiertan. Unos componen, en este estado, excelentes versos, otros dirigen elocuentes discursos á los circunstantes, como si poseyesen el imperio y todos los serrallos del Asia estuviesen á su disposición.

Quise probar en mí la acción de esta sustancia. Tomé un grano y al cabo de hora y media no experimenté ningun efecto sensible. El amo del café me propuso una dosis adicional de dos granos; pero no quise tomar mas que medio. Pasaron tres cuartos de hora, y no sintiendo todavía nada, tomé otro medio grano, lo que hacia dos granos en el espacio de dos horas.

Trascurrieron dos horas y media despues de la primera dosis, volví á tomar otros dos granos, y no tardé en experimentar una excitación vivísima; el placer que yo experimentaba parecia resultar de una expansión del alma y de la materia. Mis facultades se engrandecieron, y todo lo que miraba me parecia haber aumentado en volumen; pero no experimentaba igual placer cuando cerraba los ojos. Volví á casa tan pronto como pude, temiendo cometer á cada paso alguna extravagancia.

Apenas sentía, al andar, el suelo que pisaba, pareciéndome que lo rastreaba levemente impelido por un agente invisible, como si una sustancia etérea hubiese reemplazado la sangre de mis venas y me hiciese mas ligero que el aire. Metíme inmediatamente en cama, y durante toda la noche mi imaginación estuvo entregada á visiones deliciosas. Al dia siguiente me levanté con un violento dolor de cabeza; estaba pálido y tan débil que tuve que pasar todo el dia tendido en el sofá, experimentando así el primer ensayo que habia hecho de los deleites de los *teriakis*.

Démonos el parabién de que nuestras relaciones continuas con el Levante no hayan introducido en la Europa occidental el gusto de estos funestos y deliciosos goces, que consumen rápidamente la vida, y de los que no puede uno desprenderse, una vez sentidos, á pesar de la certidumbre de una muerte prematura. No se puede negar que Mahoma ha dado pruebas de poca sabiduría prohibiendo el vino á sus sectarios y dejándoles el opio.

II.

EL HAREM.

Una virgen turca ha inspirado amor á un amante desconocido, y mientras que va al baño, unas manos invisibles siembran ramilletes de jacintos por su camino. Las sirvientas de los baños que hacen el oficio de Mercurio, le hablan de cierto efendi que aspira á poseer su corazón, como un ruiñeñor suspira por la posesión de una rosa.

La rosa no sabe escribir, y por lo mismo no se expone á comprometerse con billetes amorosos; pero la mediadora se encarga de responder al efendi que sus obsequios no desagradan. Este se dirige entonces al padre y le pide la mano de su hija. Da este el consentimiento y manda á su hija que ame, honre y obedezca á su marido. Fijado el dia del enlace, se casan ante el cadí, y los rayos que se desprenden de las miradas del efendi se reflejan por la primera vez en el aposento nupcial en las facciones de la desposada.

Todas sus jóvenes compañeras envidian el cambio ocurrido en su situación: si es la única mujer de su esposo, reina en el serrallo sobre una tribu de esclavas, y si, al contrario, su marido tiene dos ó tres mujeres mas, participa con ellas de los placeres del imperio doméstico. Cada semana su marido le da periódicamente una prueba de su afecto conyugal: entra en el serrallo á las doce y vuelve despues de ponerse el sol cuando están acabados sus paseos sucesivos por los diferentes bazares. Hace sus abluciones vespertinas; una de sus mujeres le perfuma la barba con una botellita de esencia de rosa, mientras que otra le presenta un espejo con mango de nácar, y la tercera le alarga una servilleta bordada. Las mujeres están en pié durante las comidas de su señor y marido, y cuando ha acabado de comer, traen para ellas cierto número de manjares adicionales. La crianza consiste en comer sin glotonería las golosinas que les presentan y á las que son sumamente aficionadas.

Cuando se ha acabado la cena, se retiran los criados, y los concurrentes beben rosolio; he visto á algunas señoras turcas que tomaban tres ó cuatro copas en el espacio de diez minutos. El amo del serrallo recibe por lo comun su pipa de manos de una joven esclava, que se presenta de rodillas, y por la mañana una de sus mujeres le da el café, besándole respetuosamente la mano. En esta época del dia solo se atreven á sentarse delante de él las que tienen el honor de ser madres; pero despues de la comida vespertina, se destierra toda etiqueta, porque no es cierto, como dice el señor Pouqueville, que los turcos conservan su gravedad aun en el in-

terior de sus serrallos: al contrario, se entregan á la mayor licencia en sus orgías nocturnas, y sus ruidosas carcajadas resuenan hasta las casas vecinas.

Esta misma gravedad del Osmanli durante el curso del dia me parece ser el resultado de los excesos de la noche anterior. Algunos he visto que permanecían todo el dia tendidos en su almohadon, fumando su larga pipa, mientras que una de sus mujeres, comunmente la preferida, le hacia cosquillas ligeramente con los dedos en la planta del pié. Este es uno de los mayores deleites del serrallo; y un aficionado al opio me decia que en sus deliciosos sueños se imaginaba siempre que le hacían cosquillas las huris celestes de ojos negros.

Las mujeres se dedican continuamente á grangearse la voluntad de su comun esposo: una le borda un rico vestido; otra le divierte con un instrumento parecido á una espineta; y la tercera ostenta bailando la elegancia de su talle. Su señor no echa el pañuelo á la que prefiere, como se supone en una fábula popular; bástale una sonrisa. Luego que se conoce que una de las bellas del serrallo es preferida á sus compañeras, se la obsequia con el mayor respeto. Cuando va al baño se distingue por la altivez de su continente.

Desgraciado del cristiano que se encuentra entonces en su camino. Las damas turcas de distinción me han insultado con mas frecuencia que las del pueblo. Parece como si el fanatismo de las mujeres fuese á mas con su categoría. Es menester que el viajero franco se acostumbre á oirlas murmurar en sus oídos, cuando pasa á su lado: «¡Ojalá la peste caiga sobre tu casa! ¡ojalá los pájaros ensucien tu barba pelada! ¡y que la mujer con quien te cases sea estéril!» Estos son sus cumplimientos acostumbrados.

Un dia que yo me hallaba dibujando en la llanura de Dolma Batchi, se acercó á mí una mujer turca acompañada de un esclavo negro y de algunos niños, y despues de haber contemplado mi dibujo por encima del hombro, se colocó enfrente de mí separando el velo y haciéndome seña de que la retratase. Consideréla atentamente y empecé á delinear sus facciones. Era tan bonita, que no pude menos de enviarle un beso con la mano como hacen los niños en Francia. Púsose colorada, y llenándose de denuestos, hizo ademán como si fuese á desenvainar un sable.

Conoció mi imprudencia y fingiendo no reparar en su cólera, seguí dibujando una vista de Escútari. Cuando observé que no continuaba su retrato, me hizo una caricia en el hombro con voz suave y halagüeña. Cediendo á la seducción de sus halagos, iba á continuar su retrato; pero se espantó al acercarse algunos turcos, y se retiró prontamente echándose miradas significativas. Apenas habia desaparecido, cuando se me acercaron muchas jóvenes que miraron mi dibujo, tiraron mi sombrero, me escupieron en el rostro y huyeron arrojándome piedras. «*Ah, signore!* me dijeron en italiano unas señoras griegas que presenciaron esta escena, *son cattiva gente, gente barbara, canaglia; non turbatevi, signore, son maladetta gente senza fede!*»

Toda la educación que reciben las mujeres turcas parece dirigida á excitar su fanatismo é intolerancia. Cuando una dama quiere visitar á sus amigas, las avisa con anticipación para que no haya hombres en el interior del serrallo. Al instante que entra se quita el velo y recibe los *sulems* de todas las mujeres que están presentes, fuma una ó dos pipas, y despues la obsequian con frutas, conservas y sorbetes. La conversación recae comunmente sobre los adornos ó sobre anécdotas escandalosas. Cuenta que se sospecha de una hermosa vecina que ha bordado un bolsillo de seda para un extranjero, que levanta su velo en la calle y habla con los hombres.

Todas las circunstancias expresan entonces un sentimiento de horror por tanta depravación, escupen en el suelo en señal de desprecio, y se manifiestan contentísimas cuando les dicen que el marido se ha interpuesto y que ha castigado á su culpable esposa arrojándola al mar. Asistí un dia á una conversación de esta clase, y quedé pasmado al ver que las mujeres aplaudían la energía del hombre en vez de compadecer á la desgraciada víctima de sus celos ó de su justicia.

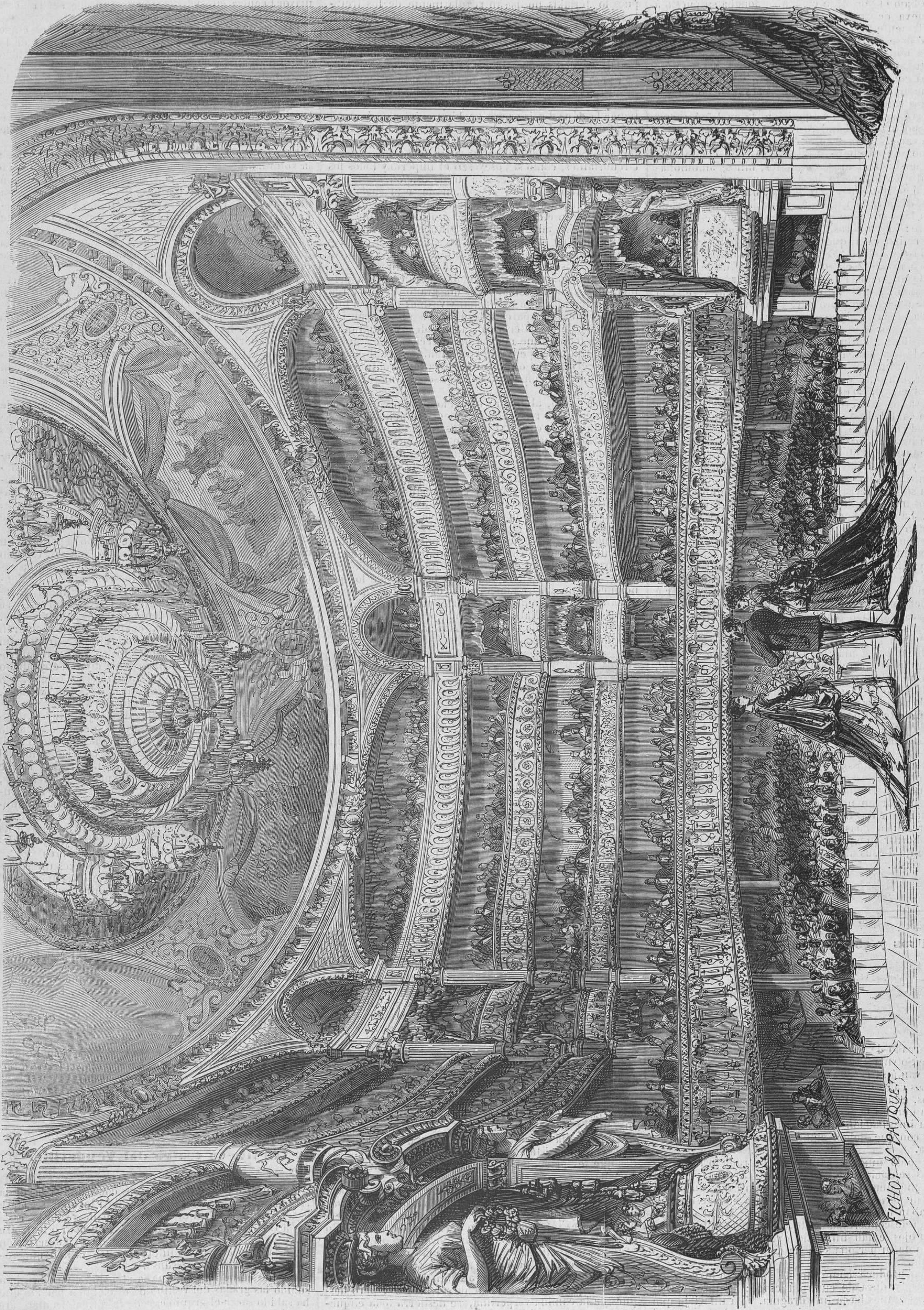
La mujer de un hombre rico, no tiene verdaderamente motivos para quejarse de su suerte. Lejos de estar cautiva, como se supone entre nosotros, se pasea libremente en un carro dorado tirado por un par de bueyes; se divierte embarcada en su elegante esquife por las risueñas orillas del Bósforo, reina en el serrallo como en el corazón de su esposo, y Metastasio hubiera podido decirle: *Siete schiava, ma regnate nella vostra serviti.*

(Se continuará.)

El nuevo teatro del Vaudeville.

En nuestro número 845 hemos dado una vista de la fachada del nuevo teatro del Vaudeville, que se eleva en el ángulo del boulevard de Capucines y de la calle de la Chaussée-d'Antin, y hoy que este bonito teatro se halla ya abierto al público, completamos su descripción ilustrada con el aspecto interior y otro dibujo que representa el salon de descanso.

Lo que desde luego llama la atención cuando se han subido las gradas del vestíbulo, es el buen partido que ha sabido sacar el arquitecto, de la forma circular para dar á este vestíbulo todas las comodidades que exigen la entrada y la salida de un teatro. La misma disposi-



El nuevo teatro del Vaudeville. — Vista interior de la sala.

FICHOT & PAQUET

cino se reproduce en el piso superior donde está el salon de descanso, primorosamente decorado, como se puede ver en nuestro dibujo.

La sala, propiamente dicha, contiene 900 localidades, y habria podido haber 200 mas, si no se hubiese querido dar desahogo á los asientos, cosa bastante rara en los teatros de Paris en los que se escasea el puesto hasta lo sumo. Asi pues, en el Vaudeville actual se podrá entrar y salir sin molestia y sin incomodar á nadie.

Las 900 localidades son de distintas categorías. En el piso bajo y á la sombra del balcon superior, está el patio, y luego hay las lunetas y las butacas, reinando en todo el contorno una hilera de palcos. Encima y correspondiendo á otros tantos pisos, se encuentran tres hileras de galerías y de palcos, con lujosos adornos y sobre todo con asientos cómodos y espacio para las entradas y las salidas.

Pero no se limita á esto la originalidad de la nueva construcción; esta clase de reformas pueden plantearse en todas partes, pero no sucede lo mismo respecto del juego y de la distribución de las luces, una de las cosas mas importantes y mas delicadas: la cuestion de la araña ha preocupado en todos tiempos á los directores y á los arquitectos.

Bajo este concepto, el teatro del Vaudeville ha llegado á la perfeccion en lo posible.

El aparato se compone de nueve arañas distintas que se reunen y se ajustan para no formar mas que una sola. Los cristales que las componen son de las famosas cristalerías de San Luis. Mediante la justa po-



El nuevo teatro del Vaudeville. — El salon de descanso.

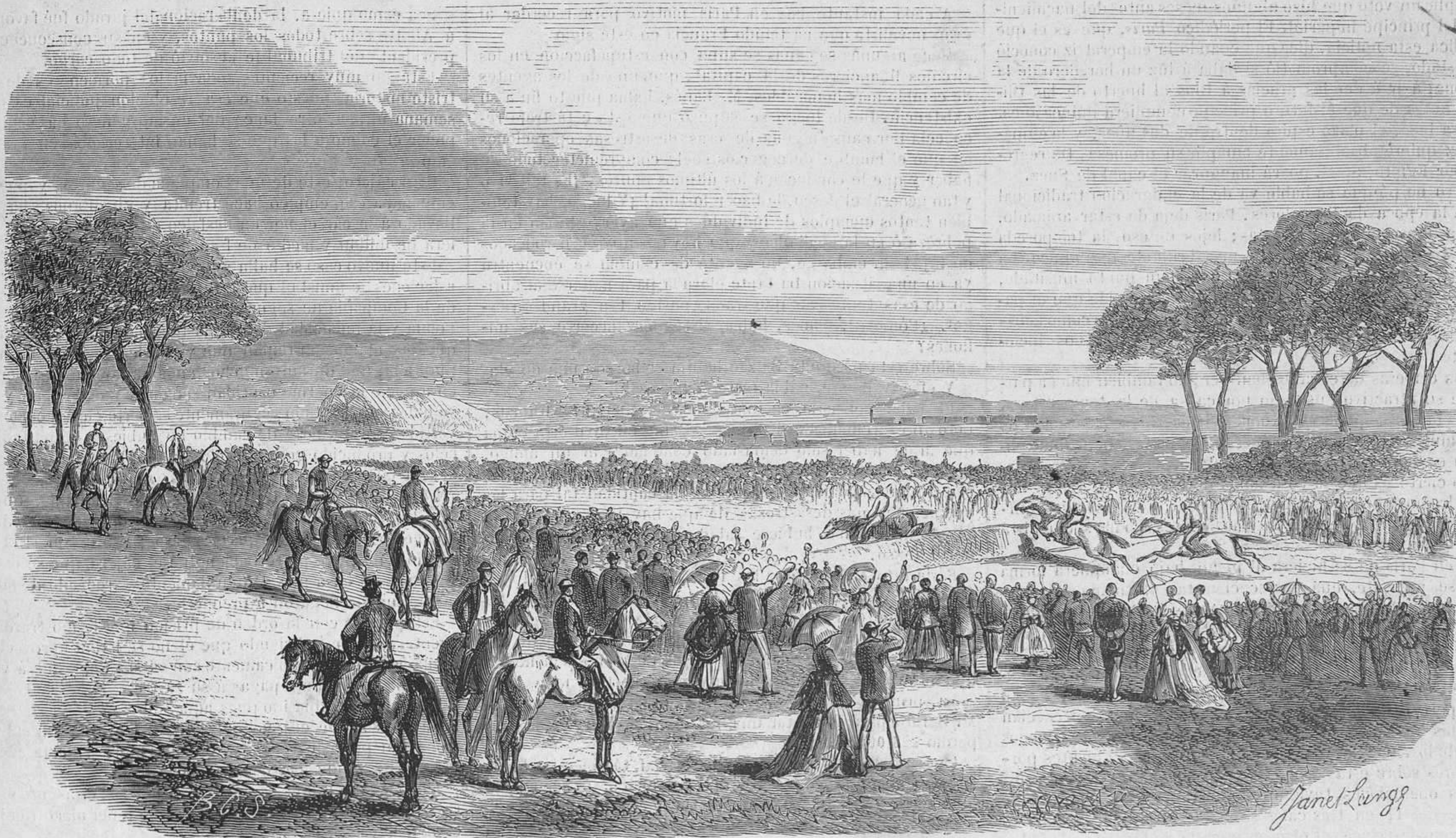
sicion y ajuste de los prismas, la convergencia de las luces es tal, que parece que todo el techo es luminoso. Y luego, aunque muy brillante, la luz es bastante suave para no ofender la vista. Gracias á su homogeneidad se ha podido alcanzar este resultado. Diferentes problemas tuvieron que resolverse con este fin, y mas de una vez se ha consultado á la ciencia, á la ciencia que se multiplica dando la mano al arte al mismo tiempo que á la industria.

Para concluir con esto de las luces, diremos, que el gas del escenario, arde á mechero vuelto como en la Opera, sistema que en nada es contrario á la claridad y que evita deplorables accidentes.

Sin embargo, despues de la araña, la maquinaria es la innovacion mas importante y notable del nuevo teatro. Esta maquinaria es de hierro y tan completa que servirá hasta para comedias de magia. Per medio del vapor se mueven las decoraciones, se operan los cambios á la vista, y hasta se suben y bajan los telones. La máquina que da esta fuerza se halla en las cuevas del teatro y el gas es el único combustible que en ella se emplea.

Por lo demás, diremos que en todas partes se ha prodigado el hierro. Las puertas de hierro comunican con el escenario y los cuartos de los artistas, dispuestos detrás del teatro propiamente dicho, sobre cuatro pisos, y de hierro es tambien la puerta que da acceso á la entrada particular reservada para el emperador.

En todo el edificio se observan las proporciones mas simétricas. La anchura del escenario es de 8 me-



Carreras de caballos en Cannes.

Jane Lunge

tros y su altura total es de 45. No puede decirse que sea un gran escenario; pero estas proporciones son suficientes para el género de piezas que por lo común se representan en el Vaudeville.

Tal es la impresión general que nos ha dejado este edificio en nuestra primera visita.

El conjunto, no menos que los detalles, merecen alabanza, y hacen mucho honor al arquitecto y á los artistas que le han secundado.

J. B.

Las carreras de Cannes.

No solo en París abre la primavera los hipódromos cerrados durante el invierno. Sabido es que de París las carreras se han esparcido por los departamentos, y que el mundo hípico representa hoy en Francia un verdadero movimiento que nunca se interrumpe.

Las carreras de Cannes han tenido lugar el 3 de abril en medio de una reunión brillantísima. Como la ciudad de Cannes es una de las residencias predilectas de la gente elegante, esta primera reunión había atraído una muchedumbre extraordinaria. Nuestro dibujo presenta el aspecto del campo de las carreras en el momento en que tres caballos montados por *gentlemen-riders*, se disputan el premio del Círculo del Comercio.

Hubo cinco carreras, y en ellas se pudo ver que las mejores caballerizas de París tienen rivales en el Mediodía de Francia. La caballeriza de M. Lagrange brillaba por su ausencia y no nos quejamos; ¿pues qué sería de la emulación si el mismo vencedor hubiese de llevarse siempre los premios?

H. G.

Revista de París.

Los parisienses principian á hablar de viajes. El mes de mayo se acerca á toda prisa, y por consiguiente estamos en la época en que se forman proyectos y se hacen preparativos para las expediciones veraniegas. Cada año se nota mas afición á esto de emprender excursiones lejanas. En otro tiempo la modesta casa de campo en las cercanías de París, colmaba las ambiciones de todos los que no figuran en los primeros círculos de la moda y de la elegancia; pero hoy es muy distinto: se ha calculado que con lo que cuesta la vida campestre durante cuatro ó cinco meses se puede ir á pasar una temporada en Suiza, en Alemania, ó en los Pirineos, y siempre es de mas tono poder decir que se ha veraneado en las montañas.

Parece ser que este año la corte imperial dará el ejemplo de los largos viajes, pues según anuncian los cronistas que pasan por bien informados, la expedición á Córcega que tiene proyectada la emperatriz Eugenia, será el principio de una expedición mucho mas larga. Con efecto, dícese que de Ajaccio la emperatriz irá á Jerusalén á fin de cumplir un voto que hizo algunos meses antes del nacimiento del príncipe imperial. El periódico *Paris*, que es el que publica esta noticia, dice que cuando la emperatriz conoció su estado, se comprometió si daba á luz un heredero de la corona, á ir á dar las gracias á Dios al huerto de las Olivas, antes de que el futuro príncipe cumpliera quince años. Ahora bien, el plazo espira dentro de dos años, y la emperatriz quiere absolutamente cumplir su promesa. De regreso por Egipto, S. M. podrá inaugurar el canal de Suez.

Pero no porque se hable ya de la emigración tradicional para la época de los calores, París deja de estar animado, ni ha interrumpido sus fiestas; lejos de eso, la temporada en este período final se halla mas brillante que nunca. La temperatura, que ha refrescado hasta un punto inusitado, favorece las reuniones nocturnas, si bien impide que el paseo del bosque de Boulogne esté tan concurrido como acostumbra á estarlo cuando la primavera es menos inclemente.

Las carreras de caballos han perdido también mucha parte de su atractivo, pero no por causa de la temperatura, sino porque la policía ha tomado la acertada disposición de suprimir las agencias de apuestas, que se habían multiplicado en París de un modo portentoso.

Lo cierto es que la cosa había degenerado en abuso. Los hipódromos parecían juegos de lotería; y después la moralidad de los que servían de mediadores podía sucumbir á cada paso.

Si en París no se hiciera al juego, bajo cualquiera forma que se presente, una persecución tan obstinada, se concluiría por encontrar garitos en todas partes. Afortunadamente la policía está bien alerta y no desperdicia ninguna ocasión de dar sus buenos golpes de mano.

Justamente en esta semana ha hecho una verdadera limpieza en distintos establecimientos del barrio latino, donde una porción de estudiantes y de personas que pertenecían á todas las clases de la sociedad se entregaban á juegos prohibidos. Los diarios judiciales traen los siguientes pormenores sobre esta sorpresa, que no dejan de ser curiosos.

Las operaciones tuvieron lugar simultáneamente en la noche del 11 en tres cafés situados, el uno en la calle de Monsieur-le-Prince, el otro en la calle de Médicis y el otro

en la de Vaugirard, y las dirigieron tres comisarios de policía, que penetraron con sus agentes, á eso de las once de la noche, en aquellos establecimientos.

En el primero hallaron 91 jugadores, formando numerosos grupos en torno de las mesas, y cuando uno de ellos, el primero que vió á la policía, dió el grito de alarma, se declaró en el seno de aquella asamblea un pánico indescriptible. Cada cual buscaba un rincón donde ocultarse, una puerta por donde escapar; subían á las mesas, y los jarros, los vasos y las botellas rodaban y se rompían en aquel desorden.

Unos cuantos de ellos saltaron por una ventana y se refugiaron en los diferentes pisos de la casa. Algunos suplicaban al portero que les abriese la puerta y le ofrecían puñados de oro; pero aun cuando el portero hubiese abierto, la fuga era imposible. El comisario de policía debió instalarse en una cocina para apuntar los nombres de los jugadores.

En la calle de Vaugirard había en una sala pequeña 70 personas, tan apiñadas en torno de las mesas, que apenas podían moverse. La misma causa produjo los mismos efectos; sin embargo, aquí los jugadores quisieron rechazar á los agentes, pero estos últimos acabaron por hacerse dueños de las salidas.

Todos los presentes debieron declarar sus nombres, y entre ellos se reconocieron los de individuos de malos antecedentes.

Por último, en la calle de Médicis jugaban en dos salas pequeñas.

Aquí tuvo efecto un incidente bastante curioso: la policía acababa de penetrar en el café de la calle de Vaugirard que está allí cerca, y se oía clara y distintamente el ruido de las vidrieras y de los vasos y botellas que se rompían en el establecimiento.

Ahora bien, los jugadores de la calle de Médicis se asomaron á las ventanas y se felicitaban de que á ellos les hubiese olvidado la policía; cuando al volver á sus puestos se encontraron en presencia de los agentes.

Aterrados con la visita quisieron también huir, y se precipitaron por la escalera; mas habiéndoles dicho que todas las salidas estaban bien guardadas, hubieron de resignarse á dar sus nombres.

De las declaraciones de los 185 individuos sorprendidos así in fraganti, resulta que los dueños de los tres cafés favorecían el juego, que cualquiera entraba y jugaba, y que á veces había puestas considerables. Ha habido estudiante que ha perdido en algunos días tres y cuatro mil francos.

La sociedad que frecuentaba estos garitos se componía de los elementos mas heterogéneos que puede imaginarse.

Además de los estudiantes de medicina, de leyes, de farmacia; además de los dependientes de comercio, y de los artistas que formaban el núcleo de la reunión, encontraron allí algunos escritores y algunos cómicos, con una porción de obreros y criados desocupados, algunas mujeres de las que antiguamente llamaban grisetitas, y por último, varios jugadores de mala ley, y algunos de esos hombres que han bajado hasta el último grado de la abyección y de la miseria.

¿Qué cuadro para un lápiz como el de Gavarni, ó para una pluma como la de Balzac, el observador por excelencia!

A cada instante hay en París motivo para recordar al gran novelista que ha tenido Francia en este siglo.

Hace algunas semanas se supo con estupefacción en los círculos financieros de la capital, que uno de los agentes de cambio mas honorables, M. Banés, había puesto fin á su existencia. Desde luego se supuso que esta catástrofe reconocía por causa alguna de esas desastrosas operaciones en que el hombre de negocios suele comprometer todo su haber y que le conducen á los últimos apuros. ¡Es tan vivo y tan general el deseo de hacer fortuna! ¡Y luego, hay también tantos ejemplos de individuos que ayer estaban en la pobreza ó en la medianía y que hoy nos aparecen rodeados de lujo! Sin embargo, un agente de cambio se encuentra ya en una situación bastante elevada para hallarse al abrigo de esas tentativas que traen consigo tan grandes riesgos. ¿Cómo M. Banés, había visto desvanecerse sus millones?

Sobre esta pregunta Balzac habría elaborado una novela. Y efectivamente, había materia para ello.

El déficit consistía en una suma de 3.331,676 francos; pero apresurémonos á decirlo, M. Banés no tuvo otra culpa que la de haber sido demasiado confiado con un amigo, llamado Federico Allotte, cajero, é interesado en la casa, el cual había podido disponer de una cantidad tal para las operaciones mas desastrosas de que hay idea, sin que el agente de cambio hubiese sabido cortar á tiempo tan criminal abuso.

Sería muy largo referir los hechos que han revelado las actuaciones judiciales contra Federico Allotte; pero á fin de que conozcan nuestros lectores hasta qué punto la fiebre de la especulación se había apoderado del cajero, vamos á enumerar seguidamente varias de las operaciones en que ha malversado los fondos que no le pertenecían.

La primera es un negocio hecho en Saint-Denis con M. Gerard para fomentar una fábrica de jabón, en la cual perdió 225,000 francos.

La segunda es otra operación industrial, también en Saint-Denis, que tenía por objeto la explotación de aceites, lo que le costó la suma de 1.700,000 francos.

La tercera es una fábrica de perfumería en Puteaux, en la que gastó 607,201 francos.

Después adelantó á M. de Chilly una cantidad de 80,000 francos para la adquisición de una sucesión en España.

Posteriormente colocó 220,000 francos en una empresa de aguas en Cádiz.

Por último, perdió 40,000 francos en una publicación ilustrada y 20,000 en un negocio de harinas.

Allotte había llevado á la casa Banés 250,000 francos, de los cuales 100,000 le pertenecían personalmente.

El cargo de agente de cambio de la Bolsa de París representa capitales tan considerables que, por lo regular, el que da el nombre no es mas que un simple gerente cointeresado en una sociedad compuesta de distintos miembros. Allotte al disponer de las sumas que constituían el fondo social, no solo causó la catástrofe de M. Banés, sino que ha arruinado á todos los socios.

A fines del año último el desdichado M. Banés conoció ya la inminencia del peligro, y bajo este concepto escribió á su amigo la siguiente carta:

« Mi querido Federico: En el momento en que se acaba el año 1868, tomo la pluma para hablar un instante con vos con toda la franqueza de un amigo.

» Los sucesos ocurridos en el último ejercicio son una lección para nosotros y nos demuestran que en todas las circunstancias de la vida, el hombre no debe obrar sino en proporción á sus fuerzas, y no debe confiar demasiado en la fortuna.

» Ya veis que repetidas veces los sucesos se han interpuesto entre las empresas que habeis empezado y los medios con que contábais para llevarlas á buen término. Os repito que todo esto debe haceros reflexionar y moderar un poco el gran deseo, legítimo por cierto, que teneis de llegar, y llegar pronto á la fortuna.

» En las conversaciones que hemos tenido desde el mes de agosto, habeis podido ver todo el cariño que os profeso y la confianza que tengo en vos; solo siento una cosa, y es que mi posición de fortuna no me permita ponerme enteramente á vuestra disposición. Pero lo que no he podido hacer como amigo, vos me habeis puesto en la necesidad de hacerlo como jefe de casa, y os confieso que esto me preocupa en alto grado, no tanto por mí como por vos; pues supongamos, todo es posible, que yo llegue á morir de repente; ¿qué situación tan falsa no será la vuestra?

» Supongamos que algun acontecimiento político venga á estrechar el crédito, á paralizar el comercio y la industria, á imposibilitar toda empresa industrial, ¿cómo liquidareis vuestra posición?

» Desde setiembre hasta hoy me habeis estado diciendo que contábais con entradas considerables, y sin embargo, nada se ha realizado, y estamos en el último día de diciembre. Yo me encuentro en una posición muy falsa, y este estado de cosas no solo no puede durar eternamente, sino que ni siquiera puede prolongarse. Es de toda necesidad, mi querido Federico, que por una combinación cualquiera aminoreis vuestra deuda, aunque sea recurriendo á vuestra familia... »

Esto escribía el desdichado M. Banés á la hora crítica en que veía que su casa se iba á pique, y quizás cuando trazaba estas líneas, que bajo su forma amistosa revelan el estado de cruel ansiedad en que se encontraba, quizás meditaba ya el proyecto siniestro de poner un término á su vida.

Sea como quiera, la deliberación del jurado fué favorable á Allotte sobre todos los puntos, y en su consecuencia el presidente del tribunal le absolvió de todo cargo.

Estando muy recientes todavía los pormenores de esta triste historia, puesto que esa resolución judicial es de la semana última, otro lance del mismo género ha venido á poner el colmo á los que se hallan interesados en grandes empresas.

Otro cajero, este de una Compañía de seguros, y que desempeñaba ese empleo hace treinta y cinco años, ha sido llevado á la cárcel por un desfalco que asciende á la friolera de millon y medio de francos.

Este nuevo caso se halla aun envuelto en el misterio. Las relaciones de amistad que este hombre tenía con el director de la Compañía de seguros, sus costumbres de orden y economía y la modicidad de sus gastos, habían inspirado á los que por obligación tenían que vigilarle, una confianza tan ilimitada, que durante muchos años ha podido sustraer poco á poco la enorme cantidad señalada mas arriba, y que se habría aumentado seguramente si ciertas alteraciones advertidas en una letra de cambio no hubiesen despertado recelos y producido comprobaciones que han puesto en evidencia la falta.

Dícese que el asombro fué tal en la Compañía, que se hizo la proposición de cubrir el déficit, ofreciendo el director medio millón por su parte; pero ¡cosa extraña! el que no dió señales de perturbación, fué el cajero, que se encontraba en su casa muy tranquilamente y rodeado de su familia, cuando llegaron á prenderle.

Estupefacto con la orden de prisión que le mostraron los agentes, exclamó diciendo que él no se había aprovechado de nada, que vivía únicamente con su sueldo, y que á veces no había tenido para pagar á su sastre.

¿En qué se había ido pues aquel dinero?

Parece ser que el infiel cajero se había metido á subvencionar un periódico político, á cuya empresa había adelantado hasta el día mas de 800,000 francos.

Esto es todo lo que se sabe hasta hoy: si el asunto ofrece revelaciones curiosas, no dejaremos de tener al corriente de ellas á nuestros lectores.

Nada de particular esta semana en los teatros parisienses.

En la Grande Opera continúan las representaciones del *Fausto*, con bastante concurrencia, aunque el fallo de la primera noche, respecto de la ejecución, no se ha modificado notablemente. La Nilsson no está en su elemento, y se asegura que ella misma lo comprende así, y desearía cuanto antes ceder el puesto á la Margarita del Teatro Lírico.

En los Italianos, las funciones de la Patti son todas á cual mas brillantes. Despues de la *Traviata* cantó la *Marta*; luego hizo la Gilda de *Rigoletto*, luego la *Linda*, y ahora se anuncia su despedida definitiva con *Lucia*. ¿Real y verdaderamente será su despedida definitiva? Por ahora así se asegura, pues segun parece, las extraordinarias pretensiones de la aplaudida artista hacen imposible su ajuste para la temporada próxima. Sin embargo, aun nos atrevemos á confiar en que el inteligente empresario M. Bagier sabrá encontrar alguna combinacion que concilie todos los intereses.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

EL CREPÚSCULO.

J'ai devant mes yeux les ténèbres!
V. Hugo.

¡Adios, oh luz espléndida del día,
Del mundo encantadora soberana!
¡Tú volverás radiante de alegría
Envolta en gasas de luciente grana
A respirar dulcísima ambrosia
Desde el primer albor de la mañana,
Y al orbe alegrarás afortunado,
Mas no á mi corazón despedazado!

¡Vuelve á reír á los que aún te adoran
Como yo en otro tiempo te adoraba!
A aquellos ¡ay! que en su ventura ignoran
Que el placer de la vida en breve acaba!
¡A aquellos soñadores que no lloran
Porque no es del dolor su suerte esclava!
¡Que yo, sin ilusión y sin consuelo,
Quiero vivir bajo el nocturno velo!

¿Qué me importa el azul del claro cielo,
Ni el sol bajo la bóveda brillante?
¿Qué la belleza de la mar y el suelo,
Ni de estrella ó de luna el rayo amante?
¡Para el alma que vive en desconsuelo
A calmar su dolor nunca es bastante,
Ni el mundo con su mágica hermosura,
Ni la mujer con toda su ternura!

¡Ni sociedad, ni amores, ni placeres
Halagan hoy mi lúgubre existencia,
Que los felices hombres y mujeres
Odan de los que sufren la presencia!
¡Ay! existe un baldon para estos seres
Que da la sociedad como clemencia:
¡La compasión! — ¡veneno sin medida
Que con mayor dolor corta la vida!

¡Ay! en vano ¡ay! en vano buscaría
El placer en el mundo si quisiera,
Pues airada mi suerte gritaría:
«Desventurado, ¡atrás!» con voz severa
¡La mujer el amor me negaría,
Que su amor ella otorga cuando espera!
¡Y yo, por mi desgracia, sin ventura
No le puedo brindar sino amargura!

¿En la tierra qué soy? ¡Un desgraciado!
¡Un mártir oprimido por la suerte!
¡Menos que un sér, un ente despreciado
Por la misma cuchilla de la muerte!
¡Cuántas veces con ansia la he buscado
Con firme corazón y ánimo fuerte,
Y cuántas otras respondió: «¡no es hora,
Mientras que llega, tu infortunio llora!»

¡De los fieros humanos, si yo lanzo
Cuando el pesar me acosa, algún lamento,
Un reproche cruel tan solo alcanzo,
Y me gritan que ahogue el sentimiento!
Y ¿cómo hallar á mi dolor descanso,
Si tengo corazón y pensamiento,
Si llevo entre mi ser un alma ardiente
Que me hacen recordar mi mal presente?

Mas, ¡oh dolor! á la existencia mía
Atormenta doquier la triste historia
De un pasado de amor que arrancaría
Si del alma pudiese y la memoria!
¡Ay, entonces quizá yo no creería
Que es la dicha de aquí tan ilusoria!
— ¡Recuerdos del pasado! ¡Sois la ciencia
Que destroza la mísera existencia!

¡Ah, pobre Mila, el curso de los años
Tu recuerdo quitarme no ha podido!
¡Y hoy que vivo de tristes desengaños,
La historia de tu amor ménos olvido!
¡De mi vil egoísmo y mis engaños
Tarde, muy tarde, estoy arrepentido,
Y llevo dentro el alma el gran tormento
De mi propio y tenaz remordimiento!

¡Cuán feliz á tu lado yo sería,
Dulce, sensible y cándida hermosura,
Que en otro tiempo te llamabas mía,
Mientras yo preparaba tu amargura!
Con tu amor extasiado viviría
Lejos del mundo, en eternal ventura!
¡Mas... si tu bello corazón me abriste,
En pago el desengaño recibiste!...

¡Sí; que, cobarde, alimenté en tu seno
Aquel amor que acibaró tu suerte!
¡Gota á gota te daba yo el veneno
Que á tan noble pasión causó la muerte!
¡Hoy ese corazón tan puro y bueno
Es ceniza no mas, ceniza inerte...
Y acabó de tu vida el idealismo
Por el rigor cruel de mi egoísmo!

¡Tú fuiste cual la flor de la azucena,
Que su aroma en el valle derramaba,
Y que de gracia y de hermosura llena,
Solamente la brisa acariciaba!
¡Allá en tu soledad jamás la pena
Tu puro corazón acongojaba,
E inocente y sencilla, entre las flores,
No llegaste á soñar en los amores!...

¡Y yo, como el estúpido hortelano,
Te ví, te acaricié para arrancarte
Tan bello corazón! ¡Oh, fui un tirano,
Pagando tu pasión con engañarte!
¿Por qué razón yo fui tan inhumano
En toda la verdad no declararte?...
¡Rosa en botón que apenas se entreabría
Para perder su bella lozanía!

¡Tú fuiste la paloma que en su nido
Del milano sufrió la muerte dura!
¡Manantial en las sombras escondido
Que manchó del torrente el alga impura!
¡Lucero de los cielos desprendido
Que ofuscó en el espacio nube oscura!
¡Delicioso perfume que un momento
Se hizo sentir y que llevóse el viento!

¡Eran tus ojos vívidos, quemantess,
Cual los rayos de un sol de pleno día,
Tus palabras de amor, tiernas, amantes,
De dulce, incomparable melodía!
¡Las gracias de tu ser tan fascinantes,
Que el corazón mas firme se rendía!
¡Al mirarte de lejos encantabas,
Y al acercarse á tí, tú cautibabas!

¡Y de su amor huí, pobre doncella!
¡Y volví á encontrar, y ví en sus ojos
La triste languidez de opaca estrella,
Y su pálida faz ya sin sonrojos!
¡Quise volar en el instante á ella,
Y pedirle perdón puesto de hinojos...
Mas me faltó valor! .. ¡Y en tal momento
La abandoné por siempre al sufrimiento!

¡Empero, oh Mila! tu perdón imploro
De todo corazón! ¡Ah, si pudiera
A tu lado tornar, con tierno lloro
Mi alma y corazón yo te ofreciera!
¡Hoy, mas que antes, tu virtud adoro
Y me reprocho mi conducta fiera!...
Mas, si ya la desgracia en este suelo
Nos separó, te aplazo para el cielo!

¡Y ven, oh sombras de la noche! — manto
Que aduerme mis recuerdos y amargura,
¡Tú solo estancas el acerbo llanto,
Como una madre llena de ternura!
¡Sin patria, en soledad y desencanto,
Tú me haces olvidar mi desventura!
¡Y ojalá que mi sueño fuese eterno,
Que la vida que arrastro es un infierno!...

J. TEMÍSTOCLES TEJADA.

Paris, 1869.

La catarata de Shoshone.

Un maravilloso espectáculo que no dejará de atraer legiones de viajeros, acaba de descubrirse en los Estados Unidos, en el territorio de Idaho: es la catarata de Shoshone, formada por el río Suake ó Lewis.

Asegúrase que esta nueva catarata es mas imponente y grandiosa que la del Niágara.

Hacia algunos años se suponía ya la existencia de alguna catarata de primer orden en los territorios del Oeste, al Norte del país de los Mormones, pues repetidas veces lo habían indicado las vagas noticias dadas por los indígenas; pero las preocupaciones materiales y la sed del oro son tan abundantes en esta febril comarca, que nadie se cuidaba de ir á contemplar ese fenómeno, que seguramente es uno de los mas majestuosos que puede ofrecer la naturaleza. Hasta hace algunos meses ningun europeo, ningun blanco le había descrito: hoy muchos centenares de viajeros penetran en las montañas del Idaho, y quieren tener el honor de saludar á la nueva maravilla del mundo americano: su fama se extiende, porque en los Estados Unidos todo va de prisa; y mañana habrá hoteles, un pueblo, quizá una ciudad, en las inmediaciones de la catarata. Ya la oleada de los viajeros se agita, y dentro de diez años la mitad de la población de los Estados Unidos habrá visitado el Shoshone que, en 1868, estaba completamente perdido en las soledades del Oeste. Estas predicciones se apoyan en gran parte en la próxima conclusion de la línea férrea del Pacífico, que pasando á corta distancia dejará, digámoslo así, á cada tren su contingente de curiosos.

Varios militares, entre los cuales figuraba un francés, M. Eduardo Colmache, hoy cirujano del ejército federal, tuvieron últimamente la buena fortuna de poder admirar la asombrosa catarata.

El destacamento americano que andaba en persecucion de unos pobres indígenas, entró en las montañas Grosse. Creek está á orillas del Owghee: los guías señalan á la atención de los jinetes un río que se despeña estrepitosamente en un abismo; la curiosidad les anima, olvidan por un instante la guerra implacable que hacen á los indios, y se encaminan hácia la catarata.

No carecía de peligros esta excursion, pues hubo que atravesar territorios cubiertos de malezas é infestados de serpientes de cascabel: los caballos pisoteaban horas enteras en torno de los reptiles.

A mas de quince millas de la catarata oyen un ruido como el del mar en las playas; y los viajeros, guiados ya por algunos indígenas, ya por aquella voz lejána del agua bulliciosa y por el temblor muy sensible de la tierra, prosiguen su marcha. A veces creen que se alejan del punto adonde se dirigen, y el guía, poco deseoso de satisfacer su curiosidad, y sin duda ignorando también los senderos que deben seguirse, los abandona á su suerte.

— ¡Bonito viaje, dice, cansarse para ver agua que cae! Si subiera al cielo, no digo que no.

Y sin mas reflexiones, les deja que se vayan solos.

En el momento en que los americanos comienzan á descorazonarse, distinguen en el horizonte una especie de niebla, que seguramente debe ser el vapor de la catarata. Apresuran el paso, y muy luego descubren al otro lado de una colina, pero muy lejos aun, un ancho río que se pierde entre peñas negruzcas como una cinta de plata. Algunos kilómetros mas y al fin podrán contemplar el panorama en toda su belleza.

El río, dice uno de los viajeros, tiene como 150 metros de ancho, y despues de deslizarse por una pendiente inclinada, llega majestuosa y lentamente, y luego se ensancha: sombrías columnas de rocas con picos almenados abren sus aguas, que saltan y caen despues de peñascos en peñascos hasta otra cuesta, donde el río se encuentra encajonado entre rocas basálticas del mas grandioso efecto: diríase que se recoge antes de precipitarse en el abismo; la corriente se hace rápida, vertiginosa, y la masa entera se lanza de un golpe en el golfo, á una altura de 200 piés.

Tal es el cuadro majestuoso, imponente, terrible, que ofrece la catarata de Shoshone.

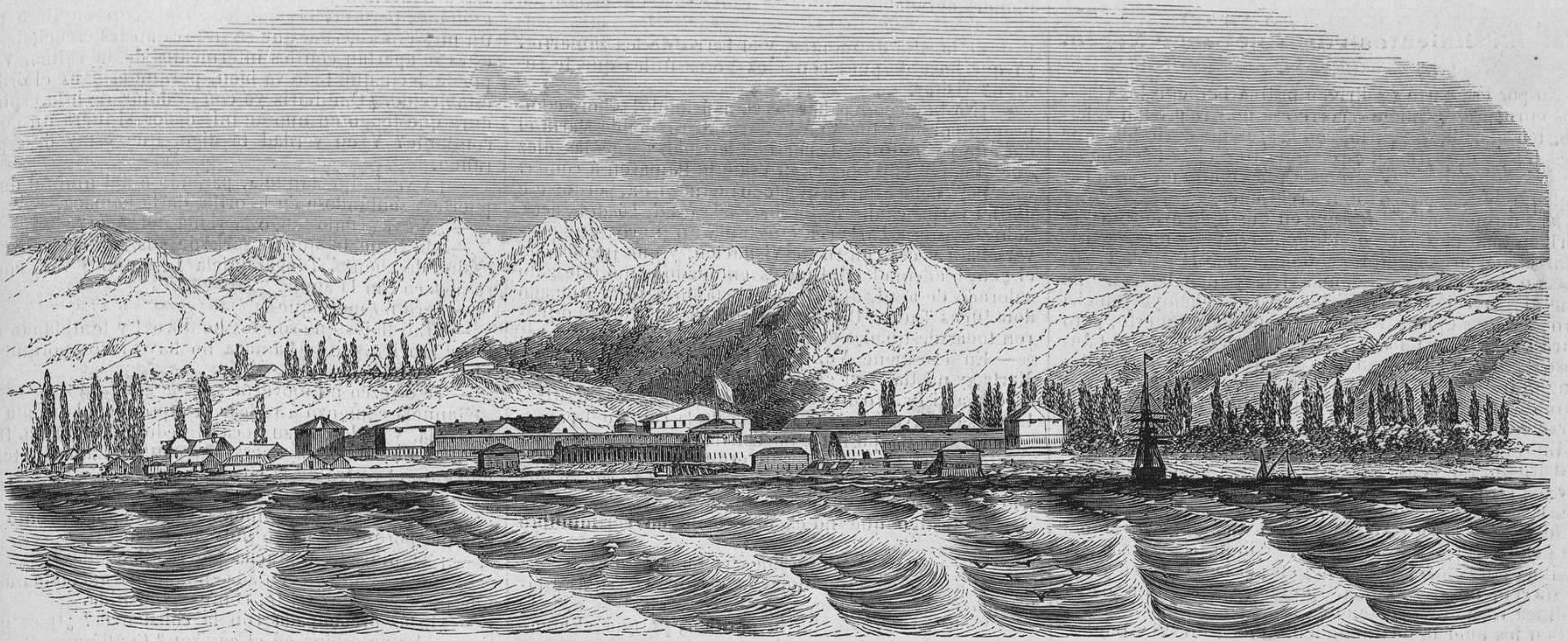
El ruido es espantoso, el vapor del agua nos inunda, y los piés no parecen seguros sobre una tierra quebrantada por aquel incesante movimiento. Un viajero asegura que el ruido gigantesco de la catarata se puede oír á una distancia de treinta millas.

Vemos pues, que el Shoshone debe figurar ya entre las escenas mas admirables que presenta el Nuevo Mundo.

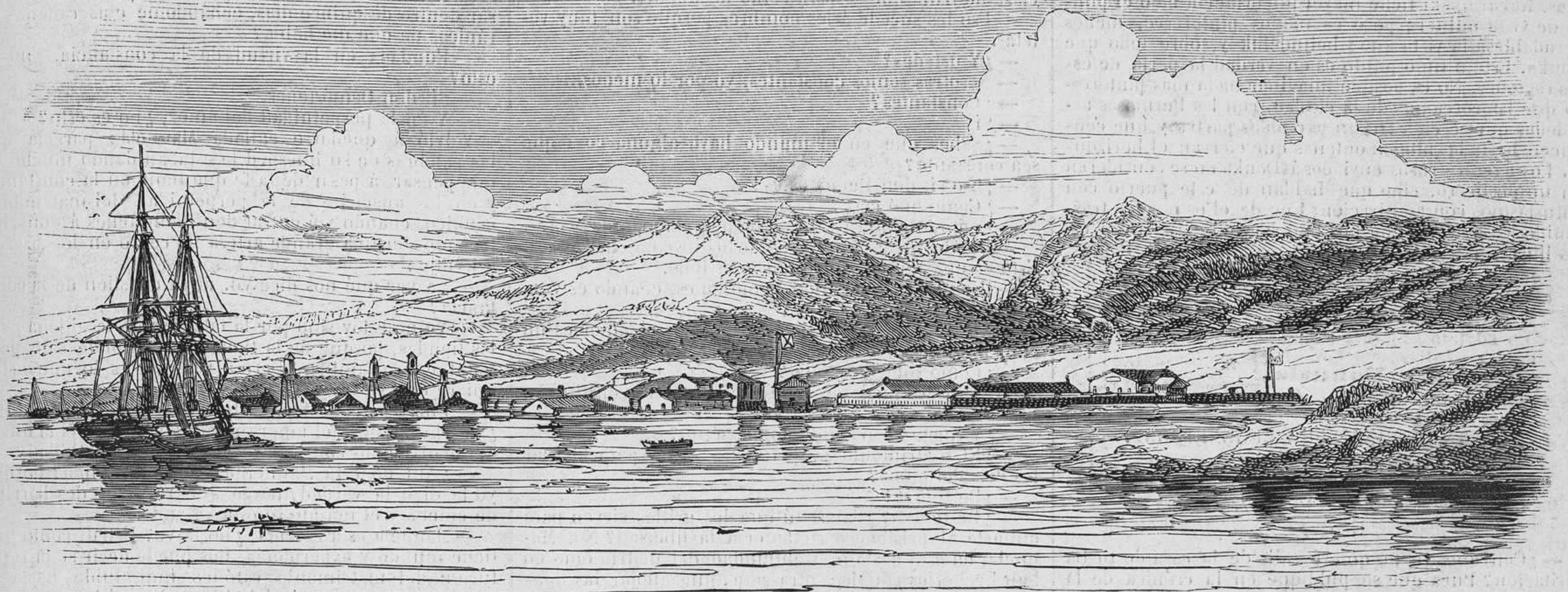
R. C.



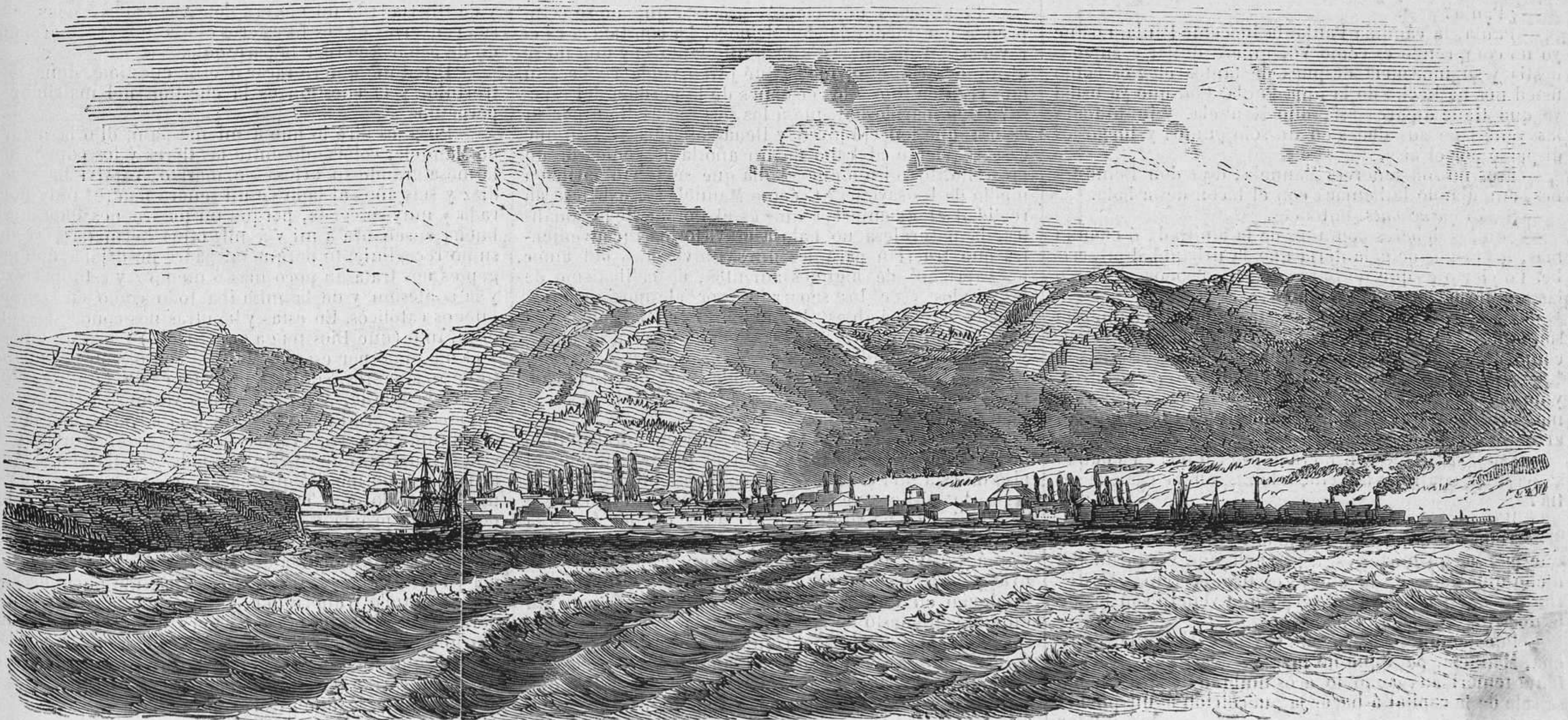
ESTADOS UNIDOS. — La catarata de Shoshone, descubierta últimamente en el territorio de Idaho.



Establecimientos rusos del mar Negro. — Douka.



Kabardinski.



Ghelindchik.

Establecimientos rusos del mar Negro.

No por esa parte se dirigen ordinariamente los viajeros europeos. ¿Quién recorre ese mar Negro tan agitado, tan poco hospitalario, con la ardiente curiosidad que despiertan otras regiones de nuestro globo? Fácilmente se podrían contar los europeos que en un año pasan por delante de Sinope ó visitan Trebisonda.

Mas numerosos son los que en busca de aventuras, se dirigen por el Cáucaso, aunque estas montuosas comarcas hayan perdido mucho de su poesía desde la sumision del Schamyl. Cuando vivia y luchaba con una energía indecible, la resistencia de Schamyl tomaba proporciones épicas. No es decir que haya muerto, pero para él se ha cerrado la historia. Sin embargo, el Cáucaso siempre existe, con sus pintorescos accidentes, las singulares costumbres de sus poblaciones y la hermosura de sus mujeres. Por lo tanto es país que ejerce su atractivo.

Uno de los puntos mas notables es lo que llaman el Kabardah, que contiene dos provincias distintas, ó mejor dicho, dos distritos. Desde que la dominacion rusa no se halla ya en tela de juicio, esta comarca ha perdido mucho de su salvaje originalidad; pero en cambio ha ganado en cuanto á comercio é industria. Tres puercillos sobre todo, se distinguen por su actividad y por el incremento que toman, siguiendo el impulso de la política rusa en esas regiones.

Son los puertos de Ghelindchik, Kabardinski y Douka. No hay que buscar estos nombres en los mapas, pues no se encuentran.

Ghelindchik es el principal, por las hermosas é importantes manufacturas que funcionan allí desde algunos años, y en las que se trabajan los metales al vapor en tanto que los buques van y vienen en las agitadas olas. Kabardinski tiene mayor importancia bajo el punto de vista militar; pero es menos pintoresco, menos agradable á la vista que Ghelindchik y sobre todo que Douka. Este último punto es en verdad la perla de estas regiones. No es posible imaginar nada mas pintoresco que las cercanías de la ciudad, con las hermosas arboledas que se encuentran por todas partes y que conducen hasta las altas montañas que cierran el horizonte. Los agentes rusos enviados á Douka no se consideran en un destierro, sino que hablan de este puerto con entusiasmo, con admiracion. Uno de ellos nos ha transmitido los apuntes que nos han servido para trazar estas líneas.

G. B.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— ¿Con que yo no quiero salir de la casa de tu tia Visitacion? Pues que se publique en la crónica de la parroquia.

— Los hombres todo lo embrollan por hablar mas que nosotras; ¡pero como en hablar no consiste que una cosa sea cierta ó falsa! ¿Y qué me dice Vd. de la hija del sacristan, que es el número 4º?

— ¿Paula?

— Paula, la cándida Paula, la inocente Paula. Lo que yo no comprendo es cómo Vd. quiere quitarle su modestia y su inocencia despues de tantos elogios como usted nos ha hecho de la niña Paula. Con que ya usted ve que tiene amores así, dijo Manuela, y juntó todas las yemas de sus dedos en un solo punto, y luego los dispersó por el aire.

— Esos no son amores, Manuela, dijo don Demóstenes, empujando la hamaca con el tacon de la bota.

— Serán *quinchones*, entonces.

— Son los deberes comunes de la amistad, ó cuando mas, los rasgos de galantería que la urbanidad prescribe. Lo cierto es que no hay reglas para conocer cuándo las manifestaciones son de amor.

— Pero tampoco hay reglas para conocer cuándo no son amor. Y así, entre cariño y urbanidad y amistad, como Vd. dice, va marchando el amor á la sordina.

— ¡Déjate de cavilar! Lo que tú dices lo dicen otros, y no por eso es la verdad. Eso de Marta hasta peligroso me parece, porque el padre es mas intolerante que un arzobispo.

— ¡Malaya! ¿Qué considerado es el niño! ¿Y cuando se pasa las cuatro y las cinco horas en la casa de mi tia?

— Hay un misterio que tú no comprendes.

— Todo lo que Vd. dice, y todo lo que lee, y todo lo que piensa son misterios, á pesar de que Vd. mismo ha dicho que nada de lo que es oscuro, secreto y misterioso le agrada. Yo los misterios que venero son los de la doctrina cristiana, y nada mas.

— Pues entonces te diré que hay una incógnita. Escucha, Manuela, para que no juzgues á los hombres con tanta temeridad, como lo acostumbran todas. Cuando se sale de la capital á hacer la guarnicion á un pueblo pequeño, ó ciudad, y lo mismo cuando se sale á mudar temperamento, hay que matar el tiempo de alguna

manera agradable. Almuerza uno y lee un pedazo de novela, y le hace limpiar al muchacho las botas y los tiros de la silla de montar, y el barro de los zamarros. ¿Y qué hace despues con diez horas útiles que le sobran? Visitar.

— ¡No hay como saber las cosas á fondo! Ahora comprendo por qué fué que Vd. se estuvo donde Marta el día que yo me fuí á hacer el mercado, desde las diez que almorzó hasta las cuatro que lo llamaron á comer.

— Pero debe estar en que todo no fué visita, porque ese día leí varios capitulos de los *Misterios de Londres*, acostado sobre una barbaça que tenia un junco, que conversaba á veces con tu tia Visitacion, y que jugaba con el gato blanco, el cual no es entonado como este gato colorado de aquí, que se parece tanto á tu apasionado don Judas Tadeo. De manera que las seis horas no fueron todas destinadas al culto de Marta.

— En eso tiene Vd. razon, dijo Manuela, porque Marta, y mi tia, y el gato se rebelaban para hacerle á usted la visita. Yo lo sé todo de una manera positiva. Usted se estuvo acostado encima de la cama del pan.

— En eso de positivo no convengo, porque de una cuadra á otra varian enteramente las noticias.

— Y como tuvieron que atenderle, el horno se enfrió, y se pasaron los sobones de leudos.

— El testigo que no es idóneo no da certidumbre moral.

— Y el pan se pintó ese día y se quedó sin alzar.

— Y para todo esto, tiene la lógica sus reglas establecidas.

— Y no fué tan poquita la pérdida, porque el amasijo no bajaba de dos arrobas.

— De manera que el misterio está descubierto: la necesidad de matar el tiempo ha sido la causa de mis visitas á Marta.

— ¿Es decir, que Vd. no ha tenido ningunos amores?

— Puede ser que los haya tenido, pero esa es una clase de fruta que se pasa como los anones.

— Eso les sucede á los hombres porque son muy velleas.

— ¿Y ustedes?

— Nosotras somos constantes, yo por lo menos...

— ¿Constantes?

— Sí.

— ¿Sabes que en el mundo haya alguna cosa que sea constante?

— ¡Eso sí, don Demóstenes!

— ¿Como qué cosa?

— Como los que se quieren bien, y como tantas cosas.

— Desengañate, Manuela; todo lo que comienza acaba. Esta es una ley que lo comprende todo.

— Pere no al amor, don Demóstenes, cuando es verdadero.

— Al amor mas que á todo, porque el amor es un edificio que está fundado sobre la arena.

— ¿Cómo sobre la arena?

— Sobre las ilusiones, que por cierto no constituyen una base demasiado sólida.

— ¿Y luego el matrimonio perpétuo?

— ¿El matrimonio perpétuo es bueno para alargar los días del amor?

— ¡De fuerza!

— ¿De fuerza? ¿Sabes tú que los grillos sirven para quitarle al prisionero su amor á la libertad? No, Manuela, en esto de la indisolubilidad del matrimonio no han hecho los católicos otra cosa, que aflojar las ligaduras del matrimonio por quererlas apretar demasiado. Para la perpetuidad del matrimonio se necesitaba que alguno de los papas hubiese expedido una bula estableciendo la perpetuidad del amor.

— Entonces explíqueme Vd., ¿qué cosa es amor?

— El amor es una ciencia práctica que no se comprende por medio de definiciones. La constancia es el reverso del olvido, ¿y qué sentimiento hay que no se disminuya con el olvido? ¿Qué joven viuda conoces tú que vista de luto á los dos años de la pérdida del esposo? ¿Qué marido hay que á los seis meses lllore por su esposa, que feneció joven y llena de gracias? ¿En qué casa se siente al cabo de un año la despedida de un proscrito, lo mismo que el día que se le vió partir en medio de los sayones? Créeme Manuela: si existiera en realidad el «siempre», que es el Dorado de los amantes, la naturaleza no habria previsto los inconvenientes que traerian para los fines universales del amor los caprichos de algunos amantes, el celibatismo de los viudos y de los separados por algunos inconvenientes irremediables. De manera que la constancia habria sido en parte un inconveniente para el amor, y no te quede duda.

— No, señor, no me queda duda, porque mi corazón está lleno de constancia, dijo Manuela, poniéndose la mano encima del pecho.

— Lleno de ilusiones, Manuela, porque en el mundo no hay nada constante, ni aun el mismo mundo. El piso de esta sala estuvo sirviendo de asiento al Océano, segun los fósiles que se encuentran en los ejidos de la parroquia; el polvo que tú arrastras del patio con la escoba, y la tierra que las lluvias se llevan de tu huerta, irán á formar nuevas costas en donde se cosecharán uvas y aceitunas, en vez de los tomates y el ají que se producen en esta parroquia. Y si esto sucede en un mundo compuesto de las fibras de las rocas, ¿qué no sucederá en un corazón compuesto de las fibras mas delicadas de la constitucion humana? La constancia está en oposicion por otra parte con la alternabilidad, que es la perfeccion de nuestras instituciones. La constancia se opone al órden constitutivo de la naturaleza, que es de reproduccion y aniquilamiento, y aniquilamiento

y reproduccion. El dolor se sigue al placer, y el placer al dolor; pero no hay quien se ria ni quien lllore por un mes entero, sino que se intercalan las emociones, y estas se apartan con los intermedios de la calma. Y se puede decir que todo va bien, porque este es el órden establecido. ¿Qué haria yo con el dolor de esta espina-dura que tengo en uno de mis dedos, si fuera un dolor constante? Y en verdad te digo, que estoy desesperando.

— ¡A ver! dijo Manuela, parándose del umbral de la puerta y sentándose en la orilla de la hamaca.

— ¿No ves cómo tengo la yema del dedo?

— Ahí tiene lo que se saca de sus cacerías. Es una espina de chonta. Tenga quieta la mano y verá como se la saco con la aguja.

— Pero no me toques.

— ¡Tan flojos que son los hombres! y temblando usted y moviéndose la hamaca no hay modo, porque lo pico.

— Te ofrezco no moverme.

Manuela comenzó á rodear la espina con la punta de la aguja, y sopló con su boca el dedo del enfermo. Don Demóstenes sufría la operacion contemplando detenidamente el rostro de la cirujana.

— ¡Ay!

— Está fuera, dijo Manuela; ya verá qué pronto se alienta, porque yo tengo muy buena mano.

— ¡Magnífica! Mil gracias por tus bondades.

Manuela se quedó sentada en la hamaca, con la mano puesta en la cara; triste, confusa y abatida.

— ¿Estás preocupada con la constancia? ¿O es que tienes alguna espina en el corazón? Confíesame la verdad, le dijo don Demóstenes á su interlocutora, despues de un minuto de silencio.

— Le protesto que yo le seré constante, respondió Manuela distraida.

— ¿A quién? dijo don Demóstenes de pronto.

— A Dámaso, á mi novio. ¿No sabe que me voy á casar dentro de quince días, echándome esas cadenas tiránicas de que me habla?

— Fundada en la virtud de la constancia, ¿no es esto?

— Sí, don Demóstenes.

— Y en la perpetuidad del amor, ¿no es esto?

Volvió á quedarse callada Manuela; parecia que las palabras de su huésped le estaban dando mucho en qué pensar, á pesar de la fe que tenia en la constancia y en los auspicios de la perpetuidad del matrimonio católico, cuando vió entrar don Demóstenes á doña Patrocinio con una grande artesa de cedro en los brazos, y le dijo:

— ¿A ver qué nos dice Vd. de la cuestion de la constancia?

— Yo no estoy sino por la cuestion de la chicha para las tiendas, porque de la tienda es de donde sale para mantener la familia. ¿Pero á ver qué es lo que usted quiere que yo le diga?

— Pues escuche, doña Patrocinio: la cuestion es esta. ¿Siendo pasajero el amor se podrá fundar en él la union del matrimonio con las cadenas de la perpetuidad?

— ¿Ahí no está Manuelita que le responda? Porque yo le digo la verdad, tengo que revolver dos barriles de chicha y el mazato se está pasando.

— Manuela está corrida, ¿no la ve? Usted, como que tiene mundo y experiencia, nos puede decir si la institucion del matrimonio católico indisoluble hasta la muerte no es contraria á la libertad; y si la separacion con causas legales no seria muy conveniente; esto es, con el permiso de contraer nuevas nupcias con nuevos consortes, porque lo contrario seria un disparate.

— Siempre está Vd. con sus argumentos de religion y de libertad; lo mismo era don Alcibiades, y por esas sus conversas de los forasteros es que nos están acabando de echar á perder la parroquia.

— Usted me quiere sacar á otra cuestion, doña Patrocinio, y la cuestion es la cuestion del matrimonio perpétuo.

— Pues les diré lo que á mi me pasó, dijo la madre de Manuela, colocando entre las flores y los papeles de la mesa grande su artesa de mazato. Yo vivi hasta los diez y seis años al lado de mi señora madre, muy honrada y muy sosegada, porque mi madre nos daba muy buena enseñanza á mi y á mis otras hermanas, y con sumo recogimiento porque mi padre no dejaba que las genies nos tratasen poco mas ó menos; y esto del rezo y la confesion y de la misa iba todo como en casa de buenos católicos. En estas y las otras nos conocimos con el difunto (que Dios tenga en el cielo) y nos tratamos, y él me pidió por esposa. Me casé con el consentimiento de mis padres, con las bendiciones de nuestra santa madre la Iglesia. A esta casa nos vinimos á vivir, que entonces no era nuestra, y hay que advertir que tanto el difunto como yo, éramos pobres. Al año tuvimos á esta Manuelita, que se crió alentada y bella como una azucena, y no me dió que hacer, porque ni era enferma, ni era llorona. Trabajábamos como destajeros para poner casa propia y algunas finquitas, mi esposo con los tratos, y yo con esta tienda que Vd. conoce. El pensar que la familia habia de necesitar de una casa propia y surtida con los útiles necesarios, me hacia desvelar trabajando y ahorrando, y buscando de cuantas maneras yo podia. Despues tuvimos á otro niño, que murió de las viruelas, despues á Gabrielito, y ha de saber Vd. que Alejo á los tres años estaba cambiado en cuanto al cariño que al principio me tenia.

— ¿Lo oyes, Manuela? dijo don Demóstenes.

— Ya no me hacia los mismos cariños, ni se chaceaba conmigo lo mismo que antes; los cariños no eran

sino para esta niña Manuelita, que era un dize de linda: mi marido hacia poco caso de mis quejas, y me burlaba, y en todos los desacuerdos sostenia que yo carecia de razon. Dió en jugar á la primera con mi cuñado Pacho, y me dejaba sola hasta las diez ó las once, y casi siempre llegaba de mal humor; de modo que ya mi marido no era el mismo de cinco años antes.

— ¡Oído á la caja, niña Manuela!

— Pero mi marido no habia dejado de ser buen cristiano. Cumplia con los deberes de la Iglesia, y no daba escándalos en el pueblo, porque lo que fuere se ha de decir, porque por la verdad murió Nuestro Señor Jesucristo. A los seis años tuvimos á Pachita. Alejo no se rozaba conmigo, sino allá por un alicuando; pero yo sabia que sus cariños no eran sino para mis hijos; veía que se mataba trabajando para mis hijos, y él me veía cuidada con sus hijos y sujeta á mis obligaciones; enteramente consagrada á la casa por el amor de sus hijos, por cumplir con las obligaciones que me habia echado encima desde el pié del altar, y yo me consolaba viendo que el amor no estaba perdido en nuestro matrimonio, sino repartido.

— ¡Oído á la caja, don Demóstenes! dijo Manuela.

— Porque es la verdad, continuó diciendo la señora Patrocinio, que yo habia pasado al estado de una clueca (y perdóneme la comparacion) porque la clueca pierde el brillo de las plumas, abandona la compañía de las otras gallinas, se vuelve loca buscando el grano, y cuando lo encuentra se lo deja á los pollitos; la clueca se enflaquece, se pone fea y no cesa de estar vigilando los peligros de parte de los gatos ó los gavilanes, y el amor que le pierde al gallinero se lo pone á los pollitos. Yo procuraba cumplir con mis obligaciones de cristiana; Alejo era un hombre de muy buena conducta, mejorando lo presente; los bienes se iban aumentando, la familia crecia y se le enseñaba lo que se podia; pero ni yo ni Alejo le andábamos buscando salidas á la ley del matrimonio perpétuo: creo que era porque no nos faltaban virtudes.

— ¡Oído á la caja, don Demóstenes!

— Así lo íbamos pasando, cuando sucedió la revolucion del señor Melo, y cogieron á Alejo vendiendo unas dos cargas de arroz en la cabecera del canton, se lo llevaron á Facatativá y le quitaron las dos mulitas. Yo lo fui á ver con Manuelita, y ese dia nos volvimos locas de llorar, porque lo tenian encerrado en el cuartel, vestido con un saco de bayeta ordinaria y con un gorro tambien de bayeta; estaba flaco, ojerudo y triste, como usted no se lo puede figurar. Apenas le permitieron hablar unas cuatro palabras con nosotras en la puerta del cuartel y se quedó llorando. ¡Alma bendita! que me parece que lo veo, en la formacion, cuando sacaron su batallon á la plaza...

— ¡Oído á la caja don Demóstenes! dijo Manuela.

— Yo me vine para acá, y cuando volvimos á saber fué cuando nos dijeron que lo habian matado los constitucionales en el cuartel de San Agustin, en el asalto que dieron á la ciudad el 4 de diciembre de 1854.

Manuela y doña Patrocinio lloraron; don Demóstenes se enterneció por el fin de esta relacion, que era por cierto muy dolorosa; y despues que doña Patrocinio se limpió los ojos, añadió:

— Esto llaman libertad, señor don Demóstenes: dicen que todo va bien, y que tenemos un gobierno muy sabio, muy humanitario y muy republicano, que tenemos mucho progreso, y yo digo que así será. Y volviendo á nuestro asunto, le digo que don Alcibiades fué el que me dió las últimas noticias de Alejo, porque á sus piés cayó muerto de un balazo en la frente, y supimos por boca de un desertor que inmediatamente despues de la toma del cuartel, recogieron despues del triunfo los vencedores á todos los muertos en carros y los llevaron á enterrar. Yo le mandé hacer aquí sus exequias. ¡Alma bendita de Alejo! Y lo que ha de ver Vd. es que Alejo habia sido alcalde, tesorero, mayordomo de fábrica y síndico del distrito.

— Yo fui uno de los que atacaron ese cuartel. ¡Qué cosas! Pero ir á defender don Alejo un partido revolucionario que se habia pronunciado contra los principios radicales, esto me parece falta de republicanismo.

— ¡Pero no sabe Vd. que los cogen en las calles ó en los mercados, los amarran ó los aseguran entre la tropa y los llevan al matadero con el nombre de ciudadanos armados?

Diciendo esto se fué doña Patrocinio á revolver la chicha, y don Demóstenes se quedó callado, meditando seguramente sobre alguna idea de la mayor importancia. Manuela lo miraba de hito en hito, sin atreverse á interrumpirle sus meditaciones; pero al fin le dijo:

— ¡Oyó, don Demóstenes, oyó todo lo que dijo mi mama?

— Desde luego. ¿Sabes que hasta ahora le encuentro una vislumbre de solucion á la cuestion de la perpetuidad del matrimonio católico? Despues de haber leído la Matilde, las cartas persianas y mis clásicos de la escuela social, ¿sabes que esas palabras de tu madre «el amor se habia repartido» me han dado en qué pensar?

— Y Vd. tampoco habrá metido en cuenta las virtudes, y ya le oyó decir á mi madre la parte que la virtud ocupa en el asunto.

— Tu madre me ha iluminado.

— Ya verá como *ñúa* Melchora y Pia y *ñor* Dimas le hacen conocer cosas mucho mas importantes para el gobierno, que esas sus novelas que Vd. llama sociales, y sobre todo Vd. va á ganar mucho con haber visto cómo es el gobierno de la parroquia.

— Por eso tengo intenciones de ir al congreso, por-

que he tenido algun estudio de las costumbres; pero necesito que tú me saques todos los votos de tu parroquia para senador de Bogotá, porque el año pasado fui representante por un pueblo de la costa, en donde los electores no me conocian ni aun por mi retrato.

— Es lo mas fácil; pero desde ahora le hago un cargo.

— ¿Qué cosa?

— Una ley en favor de mi mama y la familia.

— ¿No mas?

— No mas.

— ¿Tajada?

— Sí, señor.

— Veamos cuál es la tajada de la niña Manuela.

— Es esta. Segun la ley con que hacen ahora las elecciones, los ciudadanos vienen á votar siete veces aquí á la parroquia por congresistas, presidentes, cabildantes y todo lo demás. Pero los conservadores de las haciendas se van á empeñar para que las elecciones se hagan á gritos en la mitad de la plaza, y que esto se haga en un mismo dia, y me tiene mas cuenta que se sostenga la ley del voto universal, en los siete dias, porque de este modo gastan los peones y arrendatarios que vienen desde dos ó tres leguas, ó de mas cerca, siete veces la chicha, el aguardiente, el ajíaco y los tabacos; y con la ley de los conservadores no gastarian sino un solo dia, esto es, de cuenta de las elecciones.

— ¿Y sabes que tu proyecto es el mas patriótico? Porque como te dije en el zarzo de esta misma casa, el voto universal es para que tengan parte en la soberanía los criados, los soldados, los peones y los mendigos, porque de lo contrario no hay tal soberanía del pueblo, sino soberanía de la aristocracia y de la oligarquía; y el voto directo es para que no se pierda su virtud, la voluntad del elector, pasando de mano en mano, ó de boca en boca por medio de apoderados. Y por lo que hace á los siete dias diversos que designa la ley, eso ha sido con la mente de que se civilicen los ciudadanos, que se instruyan en sus derechos con el continuo roce de las cuestiones populares de la república, como los atenienses que vivian en la plaza haciendo leyes y decretando honores ó proscripciones á los hombres mas beneméritos de la patria.

— No tendrian ni amos que servir con su trabajo personal ni matas que desherbar, ni roza que lorear, ni las mujeres tendrian gallinas que despulgar en la casa, para estarles llevando las ollitas de comida desde la estancia.

— Ciertamente los atenienses tenian esclavos que trabajasen la tierra á su nombre, y lo mismo les sucedia á los romanos todo el tiempo que fueron republicanos. Bueno, Manuela; tendrás tu tajada, pero es menester que andes con mucha viveza para que no te ganen la eleccion los oligarcas.

— ¡Qué van á ganar! En todo este distrito parroquial nadie sabe qué cosa son las elecciones, ni para qué sirven, ni nadie vota si no le pagan ó le ruegan ó le mandan por medio de la autoridad de los dueños de tierras ó del gobierno. Yo gastaré unas botellas de aguardiente, y con esto ganaré ó compraré la mayor parte de los votos; deje Vd. y verá.

XXII.

LA OCTAVA DEL CÓRPU.

A las doce del dia sonó un alegre repique, seguido por una docena de cohetes que oyeron con sumo placer los estancieros de la parroquia. Era la vispera de la octava del Córpus, que celebra todos los años la república cristiana. Al mismo tiempo se estaban adornando las pilas, altares, lámparas y bosques por las personas que, con dos meses de anticipacion, habian sido nombradas por el cura. Es preciso confesar que este no procedió con acierto al escoger las personas que debian adornar las pilas; porque Manuela y Cecilia representaban los dos bandos políticos de la parroquia. El resultado fué que Dámaso tuvo parte en la obra de Manuela; que los manuelistas formaron de la pila el pendon de su partido, y por lo mismo la pila de Cecilia se convirtió en la enseña del partido tadeista.

La pila de Cecilia tenia una portada revestida de pañuelos, muselina, lazos de cinta y muchos espejitos redondos. La de Manuela, adornada con laurel, líquen, helechos, y algunos pájaros disecados, representaba una gruta; y como generalmente pareció mejor que la de Cecilia, los tadeistas quedaron corridos.

Las lámparas de la iglesia estaban tan hermosas y brillantes como si fueran de verdadero cristal. Habian sido construidas de bejucos y cañas, adornadas con la cascarrita de la planta llamada motua, que es muy parecida al papel de seda, y con las flores que los estancieros llaman rosas amarillas. Daban las lámparas visos de plata y oro, la ilusion era tan maravillosa que Paula, Rosa y Pia estaban muy satisfechas de haber cumplido su comision con tanto lucimiento.

El altar que le tocó al dueño de La Soledad no tenia nada de nuevo. Estaba vestido con piezas de bogotana y adornado con cintas, cuadros y espejos. El altar de don Eloy no diferia del anterior sino en ostentar candeleros de plata y un afamado cuadro de la Virgen de los Dolores. El del Retiro era de una invencion enteramente nueva: constaba de una cúpula sostenida por doce columnas vestidas de laurel y de una cornisa formada de flores de la montaña y bejucos de pasiflora, de flor lacre. El frontal era una lámina formada con

musgo, líquen y vistosas flores, representando en relieve las tablas del Decálogo. Del centro de la cúpula pendia una araña plateada con piel de motua, y colgada con una cinta hecha de cáscara de majagua. El altar de la Hondura fué despojado de prisa, por orden del señor cura, de algunas sábanas y colchas de cama con que lo habian adornado, y fué revestido con piezas de género nuevo. El altar mayor estaba adornado con sencillez y gusto, siendo su mejor adorno los fruteros y ramilletes que llevaron algunas estancieros. El coro se compuso de los cantores y músicos de la cabecera del canton, y ejecutaron con solemnidad los oficios de la misa. El sermón fué predicado por el cura, que era el mejor predicador de costumbres, y que á pesar de su claridad y sencillez se elevó hasta lo sublime.

La procesion era el complemento de la fiesta. El cura partió desde el altar mayor llevando en sus manos la custodia, precedido por el estandarte y por los vecinos que llevaban cirios encendidos. Los repiques y los voladores anunciaron la salida de la procesion; y el sacerdote, al presentarse en la puerta del templo, se detuvo un momento para señalar la custodia al pueblo, que se postró de rodillas sobre la verde grama de la plaza. Reinó un profundo silencio, interrumpido solo por el solemne canto que repetian los ecos lejanos de la montaña. El cura llegó, cubierto por la vara del palio, á depositar la custodia sobre el ara del primer altar; la procesion continuó pisando las flores que regaban dos ninfas adornadas para tan digno ministerio. No sonaban sino las campanas y el canto acompañado por varios instrumentos; el pueblo adoraba en silencio, y cualquiera incrédulo se hubiera penetrado de la majestad y grandeza del Dios que se adoraba, al ver el fervor unánime de todos los concurrentes.

Don Demóstenes, con la cabeza descubierta, estaba junto al altar de la hacienda del Purgatorio, y por consiguiente al lado del caballero dueño de las valiosas fincas que lo adornaban. Cuando la procesion estaba todavía distante, dijo don Eloy á don Demóstenes:

— ¿Qué le parece á Vd. la procesion?

— Es lo mejor que puede darse en una parroquia como esta.

— La solemnidad de esta fiesta proviene en su mayor parte de la igualdad, ¿no le parece á usted?

— ¿Por qué razon?

— Porque si los cinco partidos en que está dividida la parroquia, estuvieran divididos en cinco sectas distintas, estarian riéndose unos, con el sombrero puesto otros, fumando muchos y con la espalda vuelta algunos; y se suscitarian fuertes disgustos por la falta de cultura de nuestras gentes.

— A mí me encanta la multiplicidad de religiones. Si Vd. viera en los Estados Unidos...

— A mí lo que me gusta es la unidad, la conformidad, la regularidad, como que es la tendencia general de nuestra sociedad y la fuente de la perfeccion humana. Es un hecho que la unidad de nacion, idioma, partido y raza, es una ventaja reconocida; ¿por qué le gusta á Vd. únicamente la desunion religiosa?

— Desengáñese Vd.: mientras que en esta parroquia no haya unas cinco sectas diferentes, no puede haber ningun progreso.

— ¿Y por qué habian de ser cinco y no quinientas? Rota la unidad de la Iglesia católica, y con la facultad de interpretar las escrituras, cada hijo de vecino puede tener su religion por separado. Mire Vd., don Demóstenes: aplaudo la idea de asegurarle á cada secta las prácticas de su culto en donde los legisladores hallaron la poblacion compuesta de emigrados de todas las creencias; pero repruebo los esfuerzos de los que desean dividir aquí la unidad en que la trasformacion política nos halló, para igualarnos á los Estados Unidos; y ese prurito de legislar para los pueblos incultos de la Nueva Granada, como se legisla para los pueblos civilizados de los Estados Unidos; ese prurito de no atender á las costumbres del pueblo, para darles leyes adecuadas y justas, es la causa de las guerras que estamos experimentando.

Ya la procesion pasaba por delante de los interlocutores, y se vieron precisados á suspender su diálogo.

Marta y Manuela vieron la procesion desde el corredor de la casa del sacristan. La generalidad de las muchachas del distrito iba siguiendo el palio, en un grupo denso, compuesto de una multitud de mujeres de todas clases.

No muy lejos del altar de don Eloy estaban las familias de la Soledad y el Retiro, en una casa de la propiedad de don Blas; y en el corredor que daba á la plaza estaban Juanita y Clotilde, al lado de unas señoritas que habian venido de otros distritos.

La procesion, despues de haber recorrido todos los altares, terminó en el átrio, desde donde el cura bendijo con la custodia á todo el vecindario que se hallaba prosternado en la plaza.

A un tiempo se levantaron todos los sombreros, se rompieron filas para conversar en grupos, y la gente se puso á recorrer los arcos, altares y bosques. Las familias aristocráticas, esto es, las familias ricas, salieron de su palco para recorrer la plaza, comenzando por el Paraiso, que se levantaba sobre un teatro de vara y media de altura, cubierto de flores, de menudas ramas y de bejucos, de melones y patillas con sus olorosos frutos. Sobre el teatro se alzaban algunas matas de café, añil y caña de azúcar; el centro lo ocupaba una mata de plátano, con vástagos cargados de racimos de distintas edades.

(Se continuará.)

La fiesta de la aldea en las cercanías de Paris, por Marcellin.

1º EN LAS CALLES.



Las autoridades constituidas.



Tipos de gendarmeria.



Los señores que en el verano habitan la aldea

2º EN LA FERIA.



La conquista de Argelia.



Pesémonos pues. — Antes y despues de la comida.



Nacida de una madre muy delgada y de un padre ordinario.

3º EN EL BAILE.



Diputacion de la aristocracia. Jóven vizconde que se digna saltar con las lugareñas.



Diputacion de la agricultura. No es el baile lo que mas le gusta.



Diputacion de la industria. Al campo se viene á divertirse.



Diputacion del comercio. Dependiente acicalado.

1º EN LAS CALLES.



Los notables de la aldea.



Las señoras de los notables.



Las hijas de las señoras de los notables.

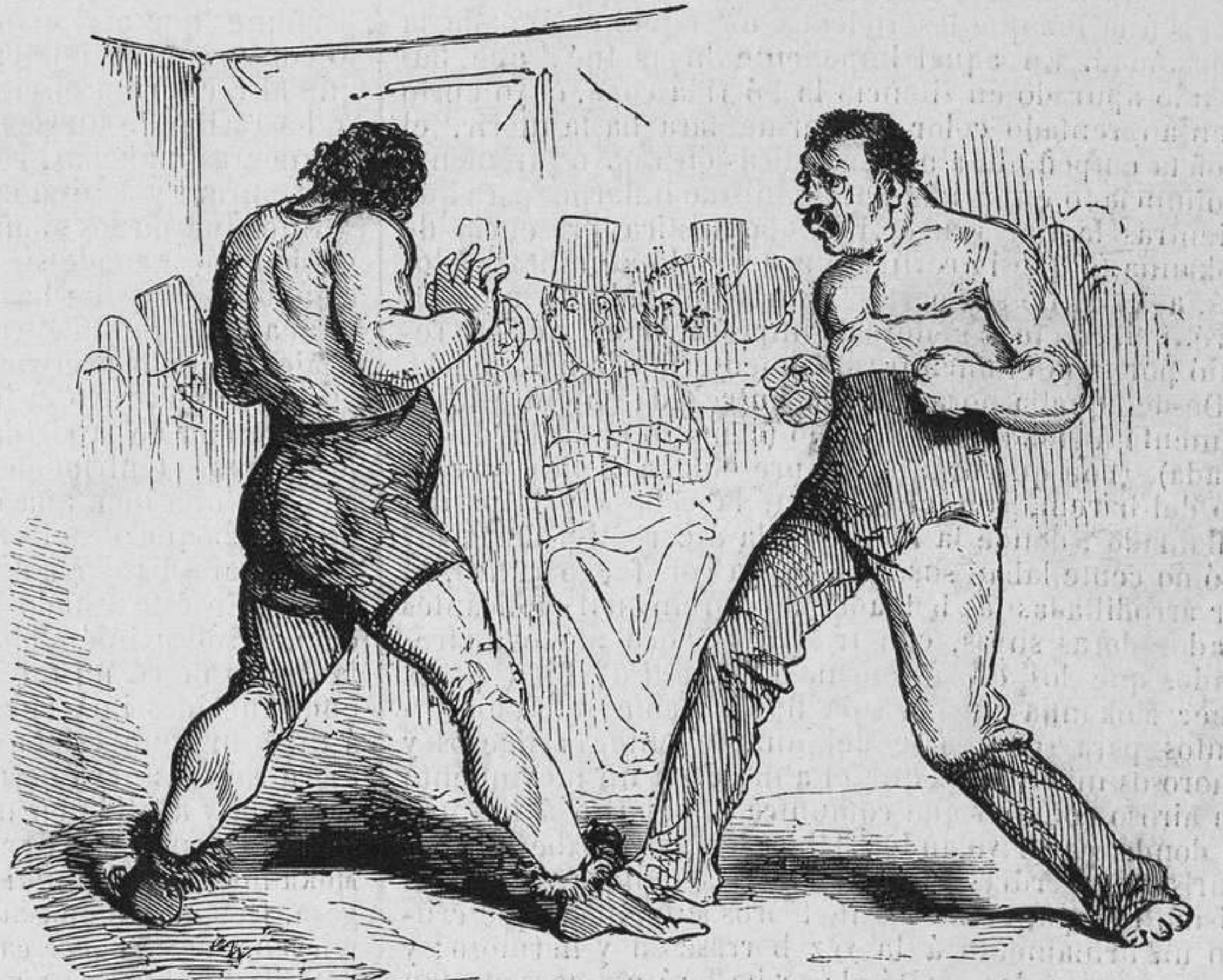
2º EN LA FERIA.



El rey de los magos.



Hércules de buen año.



Luchador marsellés que tiene la honra de vencer á un militar de buena voluntad.

3º EN EL BAILE.



Diputacion del ejército.
A las diez en el cuartel.



Diputacion de la marina.
Ultimo náfrago de la Medusa. — Los demás duermen bajo la mesa.



Diputacion de Paris.
Luciendo sus gracias.



Diputacion de la empresa.
Señores bailarines, 10 céntimos por la contradanza.

El falso Profeta.

ROMANCE HISTÓRICO ORIENTAL

Traducido del inglés

POR TOMAS MOORE,

Con notas por D. G. C.

No se perdonó ningún encantamiento; toda la pericia diabólica que supieron sugerir sus secuaces para llenar el ánimo de Zelica con éxtasis y lobreguez, se empleó alternativamente; lobreguez en que arde con mas violencia el frenesí, y éxtasis que desde el fondo de la tristeza luce como la luna del maniático, y cuya claridad es demencia.

Fué en uno de aquellos banquetes en cuya celebración retumbaba el aire con los acentos de la poesía y de la música, representando de este modo al ánimo y al oído de Zelica las glorias de aquel cielo á que se destinaba; donde todo era pureza; donde cualquiera mácula que ofendiera ó afeara la luz del espíritu quedaba luego borrada; donde, en fin, realizando los soñados anhelos del juvenil amor, aquella divagaría para siempre al lado de Azim entre campos olorosos, hecha ya su venturosa, su purificada y su eterna esposa; fué, digo, en uno de estos trasportes hechiceros que el profeta se la llevó de tan festiva escena conduciéndola al tético pórtico del cementerio, donde en medio de aquellos rápidos y mortíferos efluvios, y guiados tan solo por los vislumbres que emanan de la misma corrupción (como para dar á entender á los orgullosos y fastuosos mortales que la corrupción luce tambien), pasaron solos entre rígidas filas de muertos, que al parecer saludaban á la asustada Zelica moviendo sus azulados labios á la luz que les rodeaba en aquel alcázar de la mortandad. En aquel imponente lugar fué, que habiendo apurado en silencio la hórrida copa, cuyo gusto y ensangrentado color la atormentara hasta morir, el profeta empeñó el alma de Zelica con nuevo juramento pronunciado en el idioma del mismo infierno, para que mientras la tierra necesitase la mística presencia de Mokanna, ó que la cerúlea luz del cielo alumbrase á los dos, aquella no se apartase jamás del lado de este. Lo juró... sí, con todo género de imprecaciones, y el eco repitió por todo el anchuroso cementerio: jamás, jamás.

Desde aquella hora funesta entregada entera é insanablemente á Mokanna y al cielo (como lo creía la desdichada), ¿con qué orgullo se presentaba Zelica en medio del harem, con el corazón, la cabeza y la pasión inflamados, donde la llamaban la sacerdotisa de la fe? ¿Cómo centellaban sus ojos, no ya con fuego célico, al ver arrodilladas las beldades del harem cual suplicantes y adoradoras suyas, con trasportes poco menos extremados que los de su misma sacerdotisa? Bien podía creer Mokanna que su sola figura tenía sobrados encantos para señorearse del mundo entero: ligeros y amorosos miembros á que el alma daba un movimiento tan airoso como el que comunica el pajarito á la rama de donde parte volando: labios en cuyo laberinto de sonrisas se perdía el alma: sonrisas rápidas y fieras al mismo tiempo, como los meteoros subitáneos que cruzan un firmamento á la vez borrascoso y hermoso; y luego sus miradas... ¿Dónde se hallará un corazón tan cuerdo, que sin extraviarse pueda resistir unos ojos sin par, tan vivos, tan inquietos y tan arrogantes como los de los ángeles poco antes de su caída? Pero ya eclipsados con el desdoro de la tierra, y tan solo atravesados por algún vislumbre ó celaje de un cielo perdido ya para el corazón de Zelica. En cada ojeada suya se emitan las libras llamaradas de un alma esclarecida bien que turbada, en que vibraba la sensibilidad con la fiereza del relámpago en torno de las ruinas que ha acumulado.

Tal era ya la joven Zelica, tan cambiada de la que pocos años antes se complacía en perderse entre los bosquecitos de almendro que sombrean el río de Bucaria al lado de Azim, con quien todo era vida y felicidad. Mudada de tal manera se veía ya, que en una de las fiestas suntuosas y deslumbrantes del soberbio diván, la visión del mancebo á quien había amado y llorado por muerto, respiró y movióse en su presencia, rodeado de esplendor, y regresando á la tierra despues de haber andado la mitad del camino de Eden; así lo creyó Zelica contemplando la vista de su gracioso amante circuido de la luz del paraíso, ¡Oh razón! ¿y quién podrá acertar por qué encanto se vuelve á atar la quebrada hebra de tu ovillo cuando menos se cree? ¿y por qué rendijas estrechas de un entendimiento oscurecido penetra tu rayo luminoso é intelectual? Sí, á manera de fortaleza sitiada en que á favor de los mismos cercados se gana una entrada inesperada; del mismo modo una sola idea clara que levanta en el pecho la magia de la memoria, da paso libre á todas las demás.

Así te sucedió á tí, desdichada joven, la luz te vino, sí; pero fué luz parcial, la suficiente para hacerte ver el laberinto en que iba perdido tu juicio, pero no para guiarte ó facilitar su salida: la suficiente para discernir las abiertas olas, mas no para indicarte el puerto de salvamento. Las horas de delicia y calma ya tanto tiempo olvidadas, acudieron con la representación de aquella figura ideal, y se fijaron en el espíritu de Zelica; mas ¿cómo pensar que su alma se había sumer-

gido tanto en la deshonra y la falsedad desde que trascurrieron aquellos felices momentos? y luego su juramento... Estos pensamientos la volvian tan insana que temblando de horror se encadenó de nuevo en la opacidad de su mente, feliz, por decirlo así, en poder huir de una luz en cuyo brillo no veía mas que agonías para su alma. Sin embargo, contemplando así los tiempos pasados, halló un alivio en su dolor: él de las lágrimas que derramó en abundancia despues de tanto tiempo congeladas en su corazón; chorreando ya enardecidas como aquellos riachuelos que, desatados por la primavera, bajan desde las nevadas colinas, y se difunden por los valles á que se había negado su fugacidad durante el letargo del hielo.

En medio de la tristeza que la oprimía, Zelica se horrorizó al recibir la primera cita mandatoria de parte de Mokanna, para que compareciese en el sitio donde este oraba: cita orgullosa y rara que todas oyeron con éxtasis, menos aquella infeliz. Tenia su oratorio el profeta en un apacible y fresco jardín contiguo á un arroyuelo, adonde al terminar el sol su curso diurno, se retiraba á rezar; á veces solo, pero mas á menudo con una ninfa elegida para acompañarle en sus devociones. Desde algun tiempo ninguna gozaba de mas favor á los ojos de Mokanna que la joven sacerdotisa; y bien que mas de una vez el impostor había arrojado de sí el disfraz de su alma desde aquella noche en que las cavernas de la muerte resonaron con el funesto juramento de ser suya, estando ya seguro de su infatua víctima, dió salida á tan monstruosas impiedades que cubrieron de espanto, de desmayo y de incertidumbre un ánimo débil, ofuscado y extraviado cual lo tenia ya la infeliz Zelica. Pero su celo, su ambición, su tremendo voto... y la idea de ver aquel semblante cuya brillantéz se había negado á todo ojo humano... ¡qué triunfo el de contemplarle luego descubierto, y descubierto solo por ella!... Y luego la esperanza, la insana esperanza de no ver en su prevaricación mas que un paso desde el impuro fuego de la tierra hasta el empíreo adonde subiría su alma mas depurada que antes: del modo que los perfumes que acriolan el fuego y humo llegan al cielo con mas aceptación; así creía la desgraciada Zelica, que al recibir en el cielo el divino abrazo de su Azim, se borrarían de un pecho que él había idolatrado todas sus negras manchas, restituyéndola á su primer brillo, á su pureza y á su amante para siempre.

Estos fueron los sueños engañosos y maldecidos que habían encadenado su alma á los pies del seductor, haciéndola creer que hasta la misma punible infidencia estaba llena de dulzura. Mas en el curso rápido de su enajenamiento acerca de aquella figura, aquel rostro enmascarado, tuvo el frenesí de Zelica un tibio choque en la arena de la rígida conciencia: á manera que en los mares setentrionales tropieza un barco á media noche con una montaña de hielo, cuando en lo violento de su choque despiértanse del dulce sueño los de á bordo para arrojarse con crudo ímpetu al abismo de las ondas. En este estado se hallaba aquella desgraciada, cuando sobreviniéndole un asalto que no pudo resistir la fuerza de su mismo frenesí, se despertaron todas las endormecidas imágenes de lo pasado, cortando el vuelo á un alma que estaba pronta á volar, para despues sumergirla en nueva desesperación.

Pálida y abatida en medio del crepúsculo se encamina Zelica con lentos pasos al templo donde se hallaba Mokanna ideando impíos proyectos interin aquella llegase. Ocupado demasiado en el éxito de un halagüeño porvenir para hacer caso de la pesadumbre, palidez y desaliento pintados en el semblante de su víctima, ni reprenió su tardanza, ni advirtió el cambio que se notaba entre ella y la sacerdotisa ardorosa y vivaz que en otro tiempo acudía á la cita con la ligereza de un aparecido, y sin que se sintiesen sus pisadas; de aquella fiera desgraciada que lanzaba fuego en cada mirada, y para quien cada pensamiento suyo era un arrebato.

Recostado se hallaba el profeta en su lecho, rodeado de lámparas que derramaban su luz sobre los pliegues de su místico velo; no de aquellas que prestan su escaso y frio alumbrado á los que de noche ruegan en la santificada ciudad de Koom (1), ni en las oscuras bóvedas de la Meca, porque aquella era tan suave y diáfana, que en su reflejo parecía que las amables doncellas del oratorio aumentaban su misma amabilidad. Al rededor de aquel no se veían ni rosarios, ni libros de rezo (como todos lo creían); y sí, vasos rebozados de aquel dorado vino de Kachmee (2), y de los encarnados llantos de la vid de Shiraz, de los cuales habían sorbido tantos tragos los solapados labios de Mokanna, que se habría creído que cada gota que los humedecía, tenia como las aguas de la sacra fuente de Zemzem (3), la virtud específica de dar nueva vida al alma. Así entre el beber y discurrir no echó de ver la llegada de Zelica, sino que con risotadas infernales como las que demostraron los labios de Eblis cuando cayó el padre de los hombres, iba diciendo:

— Sí, vil raza, creada para diversion del infierno: criaturas de un soplo harto indignas de la tierra para aspirar á afinidad alguna con el cielo: ¡imágenes de Dios!... en efecto, del dios que adoran los indios... el

dios-mico (4): raza de barro orgullosa, á quien si Lucifer rehusó doblar la rodilla so pena de perder la luz del cielo (así lo cuentan las viejas), tuvo razon en negarse: sí, pronto abollaré yo la cerviz de este linaje, y libre de temores y obstáculos, y alentado por el odio, sabré vengar mi afrenta, satisfaciendo de esta suerte la radica venganza que tanto tiempo ha alimento contra el nombre humano; bien pronto á la cabeza de millares de ilusos furiosos me abriré camino por el universo, señalando mis pasos con negra asolación: en el débil hallaré mis armas, en el maldecido mi presa. Y vosotros sabios y entendidos, que á tientas camináis á la tenue y opaca luz de los siglos pasados, á manera de aquellos ladrones supersticiosos que creen que es la mejor luz para guiar sus pasos nocturnos la que se hace del tuétano de un muerto (2), tendreis honores y riquezas; sí, graves mentecatos, yo conozco la nada de vuestro saber, sin ignorar la eficacia de una erudición que llegando hasta la estrellada esfera, se deja ofuscar en la mundana por una dorada varita, por una blanca, por un... ¡Cómo me reiré cuando aclamado á son de trompeta por esos doctos esclavos, los mas viles de toda la turba, sepa y oiga en sus mentidas palabras y cánticos falaces, que sus venales talentos están subordinados á la tenue punta de un cetro! Vosotros tambien, creyentes de credos increíbles, cuya fe endiosa á los monstruos que engendra: vosotros que vais amontonando disparates unos encima de otros, y que mas audaces que el mismo Nemrod, creéis elevaros al cielo con semejante escalera; ya tendreis milagros, sí, milagros vistos, oídos, atestigüados, de toda clase y calidad como no tengan carácter de verdaderos. Vuestros predicadores entusiastas, que se creen demasiado inspirados para examinar si se halla un solo grano de sentido ó sustancia en cuanto dicen; vuestros mártires prontos á derramar su sangre por unas verdades demasiado celestiales para ser entendidas, y vuestros sacerdotes de respeto, únicos vendedores de la ciencia de la salvación, imitando así á los teólogos privilegiados en el tráfico de los materiales de que se hacen dioses en las playas de Ava, tendrán sus misterios... ¡Lindas sandeces con que medran esos bribones! ¡negras y enredadas doctrinas, oscurecidas aun mas por el fraude que las enlaza, y recibidas gratuitamente por otros devotos sencillos; porque los taimados aparentan creerlas, haciéndolo únicamente á fin de que aquellos las tengan por verdaderas! Vosotros tambien, magnates de polvo, tendreis vuestro cielo; sí, ¡pobrecitos! no os faltará un esplendoroso paraíso; pues mal corresponde á su vocación el profeta que no encuentra cielos acomodados al gusto de cada cual: *hourrys* para los mancebos; omnisciencia para los instruidos, y glorias para cada rango y cada edad. ¡Vanias cosas cuando el cielo de cada cual no es mas que lo que cada cual desea, segun le mueven ó la concupiscencia ó la vanidad, puesto que el hombre ó por el alma ó por los sentidos quisiera ser hombre por toda una eternidad! Que lo sea; concédele, Eblis, esta maldición que corona la obra; pero consérvale tal cual es, que no hay infierno peor.

— ¡Ay, alma mia perdida! gritó la trémula Zelica, quien tenia los oídos emponzoñados con lo que iba diciendo Mokanna; á cuya exclamación se asustó este, no por abatimiento ni temor, que le eran cosas tan desconocidas como las nieves para los moradores de los trópicos, sino porque en aquellas horribles palabras *mi perdida alma*, oyó cierto sonido articulado con la voz de los condenados en la leyenda inscrita sobre la puerta del infierno; y bien que fué cosa nueva en la boca de aquella desventurada, no dejó de conmover á quien hasta entonces nada había conmovido ni espantado.

— ¡Ay de mí! hermosa profetisa, le dijo el impostor con estudiado ardid; tú cuya sonrisa tiene mas inspiraciones en sus roseados rayos que la esperanza del entusiasta, que los sueños del profeta; tú, luz de la fe, que enlazas tan estrechamente el celo religioso con el del amor que el hombre no sabe por cuál suspira mas, si es el cielo que predicas ó el cielo que posees; ¿qué sería de mí sin tí! Sin tí, ¡qué insípido me sería el poder, y qué triste la victoria! En fin, sin tus sonrisas mi bandera, aun cuando la llevasen los ángeles, no sería sino semi-divina. Pero ¿por qué tanta tristeza ahora? Estos ojos que anoche lanzaron tanto brillo, ¿cómo es que ya se ha despedido su gloria? Vamos, querida sacerdotisa, será que la fatiga de hoy los habrá condensado de manera que necesiten á quien los vuelva á encender; porque los mismos soles sin sus cometas dejarían luego de brillar: así pues, te traigo yo aquella luz suministrada desde la misma fuente de su brillantéz. Ya ves esta copa... en que no hay jugo terrenal, sino las puras aguas de la esfera superior que allí manan, y se tiñen entre rubies y topacios con el lustre de las joyas. De noche vienen mis genios á llenar estas urnas: pues vamos, bebe... que en cada gota arde la esencia de la vida: bebe, que dará fuego á tu alma y luz á tus ojos. No te detengas, vamos... que esta noche necesitaré todas tus gracias y sonrisas. Hay un joven... ¿Te asustas? ¿le habrás visto pues?... ¿No tenia una presencia muy noble? Tales son los mancebos divinos que te obsequiarán en los jardines etéreos; mas yo temo que sus pensamientos sean demasiado austeros para el amor, dejándose gobernar con exceso por aquel frio enemigo de la

(1) Santificada Koom. Las ciudades de Com ó Koom y Cashan, están llenas de mezquitas, mausoleos y sepulcros de los descendientes de Ali, santos de la Persia, Charden.

(2) Kachmee, isla del golfo pérsico, célebre por su vino blanco.

(3) Fuente de Zemzem, el pozo milagroso de Meca, llamado así, dice Sale, á causa del murmullo de sus aguas.

(4) Dios-mico, la deidad que llaman Hannaman.

(2) Tuétano de un muerto, especie de linterna de que se servian los ladrones, llamada *mano de la gloria*, y cuya pavesa se hacia de grasa de los malhechores; sin embargo, esta era mas bien una superstición occidental que oriental.

felicidad que el mundo llama virtud. A este es preciso vencerle... No te apartes... no, ¡hermosa!... ¡sabia!... No te toca á tí escudriñar los misterios del cielo; el acero primero ha de pasar por el fuego antes que de él salgan armas propias para los brazos diestros y esforzados. Esta misma noche mi ánimo es probar por la piedra de la hermosura el corazón de ese joven guerrero; y todo lo que encierra el harem de bello, florido é ingenioso; todos sus encantos y sus exquisitas gracias y poderosos alicientes se ensayarán para tentación de aquel mancebo. Los azules ojos de la tierna Mirzala, cuyos soñolientos párpados se cubren de nieve como la que se pega á las violetas; las megillas de Arouya, ardientes como el sol del verano, y sus labios que como el sello de Salomón tienen magia en su contacto; el laud de Zeba, los blancos piés de la bailarina Lilla que se mueven con la rapidez de las aves marinas sobre la superficie de las olas: todas unirán sus hechizos y sus facultades para infundir en el ánimo de mi prosélito aquel blando enajenamiento que no dista del cielo sino un paso. ¡Dulce disolución de un pecho rendido en que la relación imprime mejor su imagen! Pero escúchame, sacerdotisa: aunque tenga cada una de estas ninfas un poder certero y peculiar, para agrandar alguna ojeada ó andadura especial, que examinada á la luz del tocador primero embelesa á quien las posee antes que á los demás; aun falta una para completar la victoria; sí, falta una que á cada mirada reúna otro atractivo; una por quien pasen concentrados todos los rayos de belleza, deslumbrantes y fogosos como si saliesen del espejo ustorio del amor; cuyos dulces labios persuadan sin desplegar, y cuyas palabras, aunque vacías de sentido, se adoren como los resuellos inarticulados de las urnas y templos que nuestra fe califica de divinos. Tal es la ninfa que necesitamos, de toda luz y ardor para la costosa conquista de esta noche; tal ha de ser la refinada encantadora que venza á este héroe, y tú... sí, tú lo eres.

Con las manos plegadas la descolorida Zelica habia estado contemplando todo aquel tiempo el velo de donde salieron estas voces preñadas de pestilencia mortífera, semejantes al viento del Mediodía que, pasando por encima de la flor *kerzrah*, mata á quien lo respira. Al principio escuchó lo que iba diciéndola Mokanna en tono tan atrevido, que demostraba claramente que no temía excitar en la infeliz Zelica ni ceño ni desaire alguno de parte de la virtud; pues estaba persuadido que una vez precipitada en el golfo del pecado, el alma de su sexo no conocería límite ni pausa alguna.

En efecto, le parecía á ella que cuanto salía de la boca del profeta era un sueño, sin que los débiles relumbrones de su entendimiento pudiesen penetrar aun la mitad de su negro plan: mas cuando, por fin, oyó «tú lo eres», rompiendo el silencio y lanzando unos lastimosos ayes, le respondió:

—No, eso no, aunque me diesen mundos. ¡Gran Dios! ante quien en otro tiempo hincaba la inocente rodilla, ¿es este mi destino? ¿han venido á parar en esto mis sueños y esperanzas de felicidad celeste, mi pureza y mi orgullo? ¡Vivir para recreo de un espíritu maligno, y ser la medianera de su crimen! ¡Oh infamia! Yo que ya perdida y abismada en las olas del infierno, ¡querer arrojar á otros en el mismo golfo! A otros... sí, á aquel joven que hoy ha llegado; no, á aquel que amaba, no, jamás... Dime solamente, júrame en este mismo instante que no es aquel, y te serviré adorándote, espíritu infernal que eres.

—Cuidado, joven delirante, respondió Mokanna, cuidado con proferir lo que no puedo ni debo tolerar, aunque sea de esa misma boca. Anda á templar tu laud, á ensayar tu voz, para que ese mancebo sienta su fuerza mágica; yo me alegraré de ver entendido de nuevo (sea quien fuere su causa) el fuego que despedían los ojos de mi linda sacerdotisa; y si acaso el mozo á quien luego abrasará se asemeja á la figura de tu difunto amante, tanto mas venturosa será tu suerte; que vale mas uno lleno de vigor y vida que miles helados en la tumba. Basta de desdenes, mi dulce profetisa, no mas ceño ya; esos ojos se hicieron para el amor, y no para el enfado; fuerza es que me obedezcas.

—Fuerza es que te obedezca, exclamó Zelica, bien está, lo haré; ya lo merezco, sí, todo lo merezco, la venganza del cielo no puede caer sobre mí con demasiada pesadumbre; pero Azim, el valiente, el gallardo, el leal Azim ¿se ha de perder también? ¿Se ha de ver en medio de sus glorias privado, como yo renegada que soy, del amor y del cielo? ¿qué digo como yo frágil y desventurada? No, que sería agraviarle: ¡qué diferente de mí!... él es toda verdad, toda fortaleza y toda pureza. Ya puedes llenar hasta rebosar tu copa diabólica, que su hechicería no surtirá efecto en él; ya puedes soltar de sus glorietas á tus sensuales juguetonas, que quien ama como él sabrá resistir á sus encantos. Desgraciada como soy, todavía reino en su corazón sin mácula, como cuando nos vimos la vez primera: aunque arruinada y perdida, mi memoria cual amuleto dejado por los fallecidos, escudará su alma contra los daños. ¡Ay! no le hagas saber jamás cuán deshonrada se halla ya la frente que besó al partir, ni cuán degradada y envilecida es aquella que aun ama con demasía. ¿Te ríes, atormentador? ¡Cómo! ¿querrás empañar mi nombre? Bueno, en vano lo harás: no creará él mi afrenta; me cree fiel y tan verdadera que nada debajo del firmamento podría seducirme ni mudarme: así pensaba yo en otro tiempo. Pero esto ya pasó, y aunque mi suerte es peor que la muerte ó el infierno, como él lo ignora no le hace. A alguna tierra lejana huiré, donde oscura y desconocida acabaré mis días, sin que nadie

pregunte á una perdida, de dónde vino: allí como marchita y sin ser mentada de lengua alguna, pereceré; y tú, hombre ó cualquiera cosa que seas, tú que has hallado la úlcera abrasadora de mi corazón, haciéndola cundir cual peste por mi alma y cuerpo con mas que maña diabólica hasta verme hecha cosa asquerosa, contagiosa é inflamada cual me veo: tú, cuando me haya alejado...

—Ténte, maniática temeraria, le dijo el profeta; no provoques mi ira; ¡viva el cielo! que no es la mitad tan atrevido aquel pájaro diminuto que con importuna zumba osa meterse en las dilatadas quijadas del cocodrilo (1).

—Huiré de tí para siempre, exclamó Zelica.

—¿Con que te escaparás, eh? ¡Con qué priesa renuncias así al casto dominio del harem, donde á la vez te has entregado al amor y á Alá, ya media santa y media señora, suspendida como el sepulcro de Medina entre el infierno y el cielo! ¿Te fugarás? sí, con la facilidad de un reptil en quien una vez ha fijado la vista la ávida culebra, y te alargarás con la dificultad que encuentra la alcanzada presa de librarse de su amorosa enroscadura. No, no; ya está resuelto, salga lo que saliere, ó para bien ó para mal, tú eres mía, sí, eres esposa de Mokanna hasta la muerte. ¿Has olvidado tu juramento?...

A esta terrible palabra, Zelica cuyos bríos se habian levantado por las soeces burlas del profeta, y como excitada por un enojo provocado que se dejó ver á la luz de su misma desesperación, retrocedió aterrada, como si la consumiera el aliento que acompañó aquella voz, vacilante y pálida como la muerte.

—Si, esposa juramentada, le dijo Mokanna, que otros busquen en medio de vergeles un sitio para celebrar sus nupcias; las nuestras se efectuaron entre bóvedas sepulcrales: en vez de perfumes y bálsamos, para nosotros se exhalaban nuestros fetores de la dulce mortandad, iluminando nuestro enlace aquellas chispas repentinas que emite el podre de los cadáveres: nuestros convidados fueron filas de festivos difuntos que sin duda en su tiempo serian espíritus inmortales, y que desde sus mortajas presenciaron nuestro desposorio. El juramento que allí prestaste, lo repitieron sus labios después de los tuyos, y aquella copa... ¿Qué te estremeces?... ¿pues no fué dulce?... sí, aquella que apuramos en el brindis, siendo el licor mas exquisito de los sepulcros, aquel que te ha ligado, aquel que te ha unido cuerpo y alma haciéndote mia para siempre; pues aquella copa que te ha enlazado con vínculos ó benditos ó malditos (que poco importa eso por ahora) que el mismo infierno no podrá desunir. Apresúrate al punto al harem; sí, date priesa para comparecer en él festiva, alegre y fogosa... en fin, que sea de cualquier modo menos contristada; mas no; detente un poco, que por lo de anoche ya veo que me conoces; sí, ya me has conocido bien. ¡Ea pues, loquilla! ¿y creías tú que todo era verdad, y que yo amaba al género humano? Sí, en efecto, amo á los hombres como á mis víctimas, del modo que el perro marino ama á los pececitos que nadan en torno de él, ó como aman las aves del Nilo el fango en que encuentran su fétido y venenoso alimento (2). Y ya que has conocido el color angelical de mi alma, tiempo es ahora que te se descubran estas facciones, este semblante cuyo brio celestial y raro se ha reservado hasta aquí para obsequio de tu vista: estos ojos ante cuyo lustre has visto temblar á unos hombres inmortales (¡así fuesen rayos del cielo por el amor que les tengo!). Vuélvete pues, y mira, que luego podrás extrañar si quieres, que yo busque vengarme del crimen que cometió la mano (sea por daño ó alegría) que me arrojó al mundo mutilado y monstruoso así, y de toda la raza humana que habita la tierra; pues por mas que los hombres sean unos míos ceñudos, confrontados conmigo son semi-dioses. Mira pues, y juzga si el infierno con todo el poder para condenar que posee, puede añadir un solo lunar mas á la horrible fealdad con que nació. Levantó en seguida el velo, y vuelta Zelica con presteza para mirarle, arrancó un alarido á su vista, y cayó en tierra.

III.

Llegando por la noche siguiente al lugar del campamento, quedaron admirados y complacidos los de la cabalgada al ver que todos los bosquecillos inmediatos estaban iluminados; habiendo venido á este intento los mejores artistas de Yamtcheon. En cada lado de la calle de árboles que conducía al pabellon real, se veían erigidas unas escenas artificiales formadas de *bamboo*, representando arcos, torres y minaretes, de los cuales pendían millares de liernas de seda, obra de los pinceles mas diestros de Canton. Nada podia exceder la belleza de las hojas de *mango* y acacia, que brillando á favor de las luces de *bamboo*, esparcían al rededor un reflejo tan plácido como el de las noches de Peristan.

(Se continuará.)

(1) *Quijadas del cocodrilo*. Aun se cree firmemente en Java el antiguo cuento del pájaro zumbante (*trochilus*) que entra impunemente en la boca del cocodrilo. *Cochinchina*. China, por Barrow.

(2) *Venenoso alimento*. *Circum eadem ripas (Nili vir) ales est ibis. Ea serpentium populatur ova gratissimamque ex his escam nidis suis refert*. Solinus.

Obras de Claudio Bernard.

LA VIDA Y EL ALMA.

La Academia francesa al reunir sus sufragios en favor de M. Claudio Bernard, ha querido reconocer en él el valor literario del escritor, no menos que el valor científico del experimentador.

Con frecuencia se repite el dicho de Buffon: «El estilo es el hombre»; pero Buffon escribía mejor que disecaba, y mas que á la experimentación era aficionado á la forma literaria. No le criticamos. M. Claudio Bernard escribe como Laplace, y yo observo en su estilo la misma sencillez que en el del inmortal autor de la *Exposición del sistema del mundo*.

Sin embargo, sería vulgar ocuparnos aquí de la forma y olvidar el fondo. Mas interesante es para nosotros y mas importante para el sabio fisiologista, el considerar al nuevo académico, que hace tiempo ya era de la Academia de ciencias, bajo el punto de vista de sus trabajos fisiológicos.

Precisamente tenemos para este examen la buena fortuna de poder discutir la publicación general hecha recientemente bajo los auspicios del ministerio de Instrucción pública, por M. Claudio Bernard, que se titula *Rapport sur les progrès de la Physiologie générale*, y que nos presenta á la vez el círculo de los trabajos personales del autor y la naturaleza filosófica de su espíritu y de sus tendencias.

Entre todas las ciencias de cuyo progreso se enorgullece nuestro siglo, ¿hay una que nos interese mas directamente que la fisiología, que la ciencia de la vida? Salvo la astronomía, que será eternamente la mas alta medida de las facultades del entendimiento humano y que nunca dejará de excitar el entusiasmo de todos los que la comprenden, ¿qué ciencia podría mejor que la fisiología despertar la curiosidad de nuestros pensamientos, siempre ansiosos de resolver el gran problema de la vida, y el problema del alma, mucho mas grande aun?

Consagremos pues algunos instantes á resumir el actual estado de la fisiología general, de esa ciencia apenas creada, que constituye la gloria de Claudio Bernard, después de haber sido preparada por las obras de Lavoisier, Laplace, Bichat y Magendie.

Las experiencias de Claudio Bernard han tenido sucesivamente por asunto de estudio: los fenómenos de sensación y de locomoción, sistemas y elementos nerviosos y musculares (por medio del curare aisló la propiedad de contracción de los músculos, de la propiedad motriz de los nervios, demostrando así su independencia; los fenómenos de circulación y de respiración (transformación de la sangre — examen de la extinción y de la vuelta de la inteligencia); las experiencias de vivisección; luego los fenómenos de absorción, nutrición y generación, estudios en los que encontramos la opinión mas ilustrada sobre la generación espontánea y las observaciones mas profundas sobre el misterio del *huevo*, de la cuna del ser.

Pero mas bien bajo el concepto filosófico consideraremos nosotros al autor, presentando aquí las conclusiones generales de sus estudios científicos.

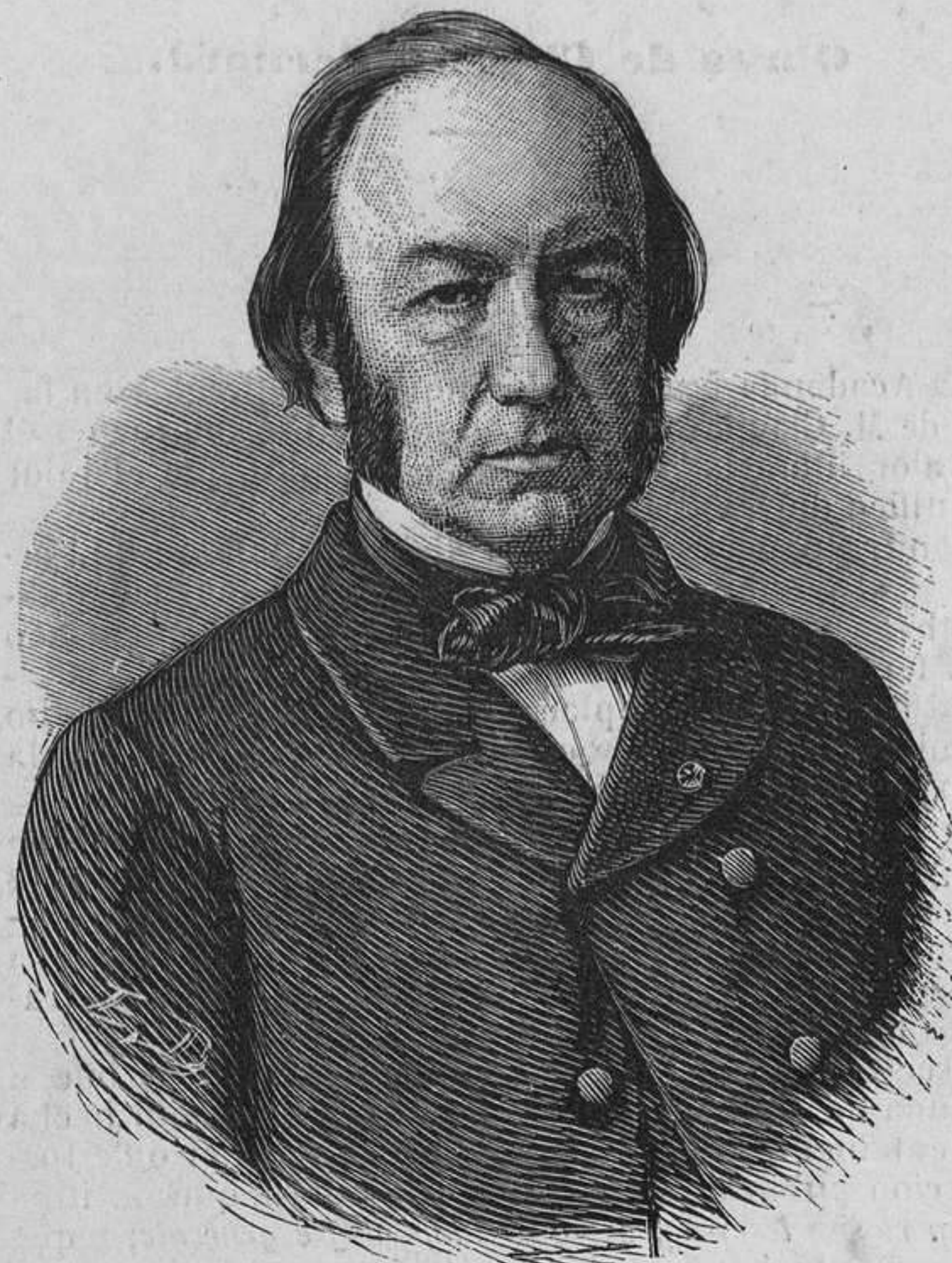
La fisiología general puede definirse diciendo la fisiología de los elementos activos de la vida ó de los radicales fisiológicos. Determinando estos elementos y conociendo las condiciones fisico-químicas de su actividad, logrará explicar y clasificar científicamente las manifestaciones del ser vivo.

En los seres vivos los fenómenos son la expresión de los mecanismos y de las propiedades de la naturaleza organizada, creada por la fuerza vital. Como el objeto del fisiologista experimentador es el obrar sobre los fenómenos de los cuerpos vivos, le importa únicamente explicar los procedimientos y conocer los instrumentos especiales que el organismo vivo pone en juego para realizarlos.

Los fenómenos propios de los seres organizados ó de las máquinas vivas se distinguen por una *morfología especial* y por la existencia de una *fuerza que crea y regenera* todos los instrumentos de los mecanismos vitales. Pero esto no podría hacer diferenciar el estudio de los fenómenos de la vida, de la continuación de los fenómenos de los cuerpos brutos. El químico tiene que fundarse en las propiedades elementales innatas á la materia mineral, como el fisiologista tiene que detenerse en las propiedades elementales innatas á la materia organizada. También se sustrae á nuestra investigación la causa primera de la creación, ya de la materia bruta, ya de la materia viva. La vida no engendra nada, no crea ni fuerza ni materia primera, no hace mas que determinar el arreglo orgánico que caracteriza á la sustancia organizada y da la forma ó la morfología especial de los fenómenos vitales.

Una vez sentada la forma de los fenómenos de la vida y las propiedades de la materia organizada, la ciencia fisico-química de los cuerpos vivos tiene las mismas bases y los mismos principios que la fisico-química de los cuerpos brutos. La materia organizada no engendra los fenómenos que tiene en sí, les sirve únicamente de condiciones morfológicas de manifestación.

Así se elucida la filosofía espiritualista de la verdadera ciencia. Todas estas conclusiones se hallan en el



M. Claudio Bernard.

laborioso experimentador, y no las modificamos, sino que las recogemos en el conjunto de sus escritos y las presentamos aquí como tipo de una alta personalidad.

Continuemos y podremos apreciar sólidamente estas conclusiones generales.

Las leyes de los fenómenos son en cierto modo las ideas de la naturaleza... Si se necesitan condiciones materiales especiales para dar nacimiento á fenómenos de nutrición ó de evolución determinados, *no hay que creer por esto que la materia es la que ha engendrado la ley* de orden y de sucesión que da el sentido ó la relación de los fenómenos, pues sería caer en el grosero error de los materialistas (*Rapport*, p. 221).

La ciencia demuestra que ni la materia organizada ni la materia bruta engendran los fenómenos, sino que sirven únicamente para *manifestarlos* por sus propiedades en determinadas condiciones. Repugna admitir que un fenómeno de movimiento, cualquiera que sea, no se explique mecánicamente; pero por otra parte, la materia, cualquiera que sea, se halla siempre por sí misma desprovista de espontaneidad y no engendra nada: no hace mas que expresar por sus propiedades la *idea* de Aquel que ha creado la máquina que funciona.

La materia organizada del cerebro, que manifiesta fenómenos de sensibilidad y de inteligencia propios del ser vivo, no tiene mas conciencia del pensamiento y de los fenómenos de sensibilidad y de inteligencia que manifiesta, que la que tiene la materia bruta de la máquina inerte, por ejemplo, de un reloj, sobre los movimientos que manifiesta y la hora que señala: ¿tienen acaso los caracteres de imprenta y el papel, la conciencia de las ideas que trazan? Decir que el cerebro secreta el pensamiento, equivaldría á decir que el reloj secreta la hora ó la idea del tiempo. El cerebro y el reloj son dos mecanismos, el uno vivo y el otro inerte. El cerebro encierra virtualmente por su estructura primordial todos los fenómenos que expresa; pero para esto hay condiciones que les toca estudiar á los fisiologistas. Estas reflexiones se aplican á todos los órganos del cuerpo.

No deben confundirse las causas con las condiciones, todo está ahí. La materia no es jamás causa de nada; no es mas que la *condición*, lo mismo en los fenómenos de los cuerpos brutos que en los de los cuerpos vivos.

La estructura de los órganos y de los tejidos (admitiendo que se conozca completamente), no puede dar mas que las formas, esto es, los procedimientos manifiestables; pero nunca podría descubrir la ley generadora. Cuando se considera la evolución de un ser vivo, se ve claramente que la organización es consecuencia

de una organización que preexiste. Sabemos que el huevo es la primera condición orgánica de manifestación de esta ley. Es un centro nutritivo, que en un medio conveniente, crea el organismo. Hay aquí en cierto modo ideas evolutivas é ideas funcionales que se realizan á nuestros ojos. Estas ideas son virtuales, y los excitantes químico-físicos no hacen mas que manifestarlas; pero *no las engendran* (*Rapport*, p. 229).

Fácil es comprender la importancia filosófica de estas deducciones experimentales del sabio profesor. Resumiendo las observaciones generales, hallamos que no hay sino una física, una química y una mecánica general; que no aparece en el ser vivo un solo fenómeno que no encuentre sus leyes fuera de sí. De manera que podría decirse que todas las manifestaciones de la vida se componen de fenómenos tomados, en cuanto á su naturaleza, del mundo cósmico exterior; pero que solo se manifiestan bajo formas ó en arreglos particulares de la materia organizada, y mediante instrumentos fisiológicos especiales. *¿No podría añadirse que la misma inteligencia, cuyos fenómenos caracterizan la mas elevada expresión de la vida, existe fuera de los seres vivos, en la armonía y en las leyes del universo?* Empero en ninguna parte, sino en los cuerpos vivos, se manifiesta con instrumentos que nos la ponen en evidencia bajo forma de fenómenos de sensibilidad y de voluntad. (*Idem* 223).

... Las experiencias de trasfusión hechas en la cabeza, y en las cuales se ve desaparecer y reaparecer la expresión de la inteligencia, llaman siempre nuestra atención como una cosa maravillosa é incomprensible. Mas estos hechos no nos parecen extraordinarios sino porque confundimos las causas de los fenómenos con sus condiciones. Sin ningún fundamento se supondría que la ciencia conduce á admitir que la materia engendra fenómenos; pues instintivamente nos repugna creer que la materia pueda tener la propiedad de pensar y de sentir. (*Idem*, p. 57).

Para el fisiologista que se forma una justa idea de la naturaleza, los fenómenos vitales, el restablecimiento de la vida y de la inteligencia en una cabeza bajo el influjo de la trasfusión de la sangre oxígeno, no tiene nada que sea anormal ó sorprendente; lo contrario sí lo sería. Con efecto, el cerebro es un mecanismo concebido y organizado de modo que pueda manifestar los fenómenos intelectuales por el conjunto de cierto número de condiciones. Ahora bien, si se suprime una de estas condiciones, la sangre, por ejemplo, es seguro que no se concebiría que el mecanismo pudiera continuar funcionando. Pero si se restituye la circulación sanguínea con las precauciones exigidas, no es menos necesario que el mecanismo cerebral recobre sus funciones normales. Se puede comparar este mecanismo con el de un reloj del que se quita una rueda, que se pone luego otra vez, para que continúe el movimiento. Así como la causa de la división del tiempo en horas y en minutos solo pertenece á las propiedades del cobre; así tambien cuando se ve que vuelve la inteligencia á un cerebro y á una fisonomía, y una vez que se les de-



M. Autran. — (Véase el N° 850.)

vuelve la sangre que les faltaba para funcionar, se estaría en un error si se creyera descubrir en esto la prueba de que la inteligencia está en la sangre ó en la materia cerebral.

Esta ojeada general sobre el conjunto de las deducciones filosóficas que ha sacado M. Claudio Bernard de sus propios trabajos y de los de la fisiología contemporánea, basta para dar á conocer su carácter científico y sus tendencias generales. Felicitemos á M. Claudio Bernard, pues las verdades morales que la fisiología le descubre, son las mismas que la astronomía nos ha revelado sobre la soberanía de la fuerza y la inercia de la materia. C. F.

El doctor Epstein.

El doctor Epstein, de que tanto se habla estos dias en París, es el rey de los prestidigitadores y el prestidigitador de los reyes.

En todas las córtes ha lucido sus talentos, y ha asombrado y divertido á todos los soberanos de Europa. Su album contiene los autógrafos mas ilustres y las mas preciosas felicitaciones: la boga no le ha abandonado un instante, y los altos testimonios de satisfacción que acaba de recoger en Tullerías, la consagración que el público parisiense ha dado á su talento, prueban que el mérito del doctor Epstein es real y positivo.

Ciertamente, M. Epstein no es un cualquiera. Aunque joven todavía (nació en 1827 en Varsovia), el doctor ha visto y observado mucho. Estudió la medicina, y despues de haber recibido todos sus grados, emprendió un viaje por Asia y por América. En la India encontró los secretos de los mas hábiles prestidigitadores, y cuando regresó á Europa pudo sorprender á todo el mundo por su extraordinaria destreza.

Literato distinguido, el doctor Epstein publicó en 1855 una obra en cuatro lenguas diferentes sobre los últimos momentos del emperador Nicolás. Este libro, que encierra una porción de particularidades curiosas, es uno de esos que se consultan con mas fruto cuando se quiere tener una justa idea de la vida íntima de la corte imperial de Rusia.

M. Epstein dejará pronto París para recorrer la Francia, y no dudamos que en todas partes tendrá la acogida y los triunfos que no le han faltado aun donde quiera ha dado pruebas de su talento.

E. P.



El doctor Epstein.